HERNÁN VARGASCARREÑO

PAÍS ÍNTIMO

(1993-1998)

LIBRO GANADOR DEL
PREMIO NACIONAL DE POESÍA ANTONIO LLANOS

FONDO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA. 2003

PAÍS ÍNTIMO (1993 - 1998)

© HERNÁN VARGASCARREÑO
© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

ISBN 958-97374-1-2

UNIVERISDAD DEL MAGDALENA

CARLOS EDUARDO CAICEDO OMAR
Rector

SANDRA RUBIANO LEYTON
Vicerrectora Académico

DENISSE RANGEL
Vicerrectora Administrativa y Finaciera

FABIO SILVA VALLEJO
Director del Fondo Editorial

Miembros de la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia

Correo Electrónico: fondoediunimag@unimag.edu.co
Sitio Web: www.umag.edu.co

JANICE PALACIOS
Diseño Portada

Diseño y Diagramación
Éditer. Estrategias Educativas Ltda.
Tel. 2557251, Bogotá

GENTE NUEVA EDITORIAL
Impresión

Primera edición
500 ejemplares

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin autorización del autor y de los editores.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*
Bogotá, 2003

Índice

TRENES 1

MORADA 15
- ESTANCIA 17
- MORADA 18
- PARA HACERSE A UNA CASA 19
- ASUNTOS DE CASA 21
- ZAPATOCA, DÍAS DE 1963 28

INFANCIA 31

SALVEDADES 41
- ACTOS LIBERTARIOS ANTE UN CRUCIGRAMA 43
- ORACIÓN 44
- LA POESÍA 47
- OFICIOS CONTRA LA POESÍA 47
- LA TANTA DICHA DE TU ALMA 49
- NO LO DIGO YO SINO TU MISERIA 50
- ESE DULCE VENENO QUE LLAMAMOS ARTE 51
- PARA ATRAPAR UN INSECTO SIN ATRAPARLO 52
- LOS RAROS 53
- A LA VIDA VINE A VIVIR 56

PAÍS ÍNTIMO 59
- CONFESION 61
- LA HERMANA 64
- ABUELA 66
- EL PADRE 67

CARTA AL HERMANO 68
RITUAL DE LA MEMORIA 70
CUALQUIER TARDE A MIS DIECISIETE AÑOS 71
RIQUEZAS 73
POEMA PARA MI AMOR QUE ES UN ANIMAL 75

VIAJEROS 79
VIAJEROS 81
TU VIAJE A LA SOLEDAD DE TU NOCHE 87

EVOCANDO A EMILY 89

PAÍS DE AGUJEROS 95

DIATRIBA CONTRA UN DICCIONARIO 103

TRENES

Para *El guardagujas*, de Juan José Arreola

1

Una estación que ve llegar
trenes rojos
trayendo como único pasajero
la noche;
un día el sueño se cumple:
llega el tren rojo,
se baja la noche,
y se instala para siempre
en la estación del olvido.

2

Los trenes que siempre han pasado
silenciosos, vacíos,
y en su última ventanilla
un niño muerto
dibujándome un adiós
con su mano triste.

3

O el tren perdido,
el que nunca regresó
y tampoco llegó a su destino;
dicen que ahora es un fantasma;
a veces aparecen sus huellas
en los sembrados.

4

Los trenes deseados,
los que nunca humearán;
alguna vez nos despertará
su estrepitosa presencia
ante el asombro de la Muerte.

5

El tren transparente,
repleto de hermosa gente transparente;
ahora pasa cada nueve lunas
ante el estupor de los aldeanos,
pero nadie lo comenta
por temor a que los crean locos.

6

El guardagujas perverso;
el que enredó los hilos metálicos
e instauró el Caos.

7

El maquinista de sueños
que añora su oficio
en la última estación.
Cómo anhela que los rieles
vayan más allá de su memoria.

8

El vendedor de boletos
que una tarde
vino a comprarse a sí mismo
un boleto sin regreso.

9

El tren de los dioses.
Pasa sólo una vez.
Alguien se baja, gira la aguja,
borra la memoria de los hombres
y todo vuelve a empezar de la Nada.

10

El pregonero de rutas
que jamás ha subido a un tren.

11

El tren que sueña con ser tren;
cada vagón una pesadilla
y su único pasajero yo mismo;
una vez se bajó y vino
a tomar el café conmigo;
desde entonces compartimos
la misma tumba.

12

El tren de los cuerdos.
El que sí pasa puntual todos los días;
el que regresa con mercancías
y pasajeros nuevos;
hoy ha llegado con un cargamento
de ataúdes importados, veinte
prostitutas vestidas de monjas
y cien cerdos blancos y hermosos;
ese tren nunca lo espero,
sin embargo, es el único maldito
que me humilla con su presencia.

MORADAS

Nunca, aquí abajo, me he sentido en casa.
Emily Dickinson

ESTANCIA

Quien aprende a amar
los altos muros de su casa,
los lamentos que allí persisten,
los perros ancianos y silenciosos
que se niegan a morir,
aquellos peldaños que ya nadie sube,
los ruidos de la cocina y el espectro
de la madre ofrendándonos el café
y su bendición,
le será fácil aceptar
–mas no comprender–
que esa, ya no es su casa,
sino los altos muros de su tumba.

MORADA

La casa que se resquebraja dentro de mí nadie la habita; nunca una luz ni una ventana abierta; ¿qué señales de vida la mantienen en pie? Tiene la parquedad que solo dan los años y hay rosales viejos que nadie sembró y que nadie poda. Tampoco yo quiero ocuparme en limpiar su entrada repleta de hojas secas que felices se pudren. El alma de la casa que me habita no me pertenece, y no acepto sus reproches, porque nunca le prometí una familia que no tengo. En su soledad, ella ha tenido que imaginarse sus habitantes espectrales delirando en sus falsos laberintos; y sola tendrá que desmoronarse bajo el universo; morirá como suelen morir los hombres cuando en su vanidad han comprendido la desolación de su miseria. Y no moveré un solo dedo para evitarlo. No fui yo quien levantó sus abominables fortalezas.

PARA HACERSE A UNA CASA

que podáis estar en esta casa
como la música está en el instrumento.
Úrsula Le Guin

Ignora los bancos y sus políticas predadoras.
De retales, escombros, desechos de la humanidad
puedes proveerte.
La elección del sitio ha de ser clave:
nada de vecinos. En su lugar
planta árboles de variadas especies;
pronto se poblarán de frutos y voces
que no hablarán mal de tus miserias
y protegerán tu casa de los malos vientos.
Un salón cómodo y aireado
en el que quepan tus pocos amigos alrededor
de la chimenea, grandes ventanales, corredores
y un altar para los libros.
Piedra a piedra, madero a madero, lo conseguirás.
Para cuando tu fortaleza haya germinado
la casa estará lista.
Ella te empezará a habitar y
pronto te convertirás en su fantasma.
Acostúmbrate a su terquedad
a la evidencia de sus muros
a los crujires de su estructura.

Un día cualquiera hablarán el mismo idioma
aromado por los jardines que tus manos cuidarán.
No añores la inmensidad del mundo
e indaga mejor la vastedad de tu propia casa,
de tu pensamiento. Para eso los gatos
ayudan mucho; permíteles refugio.
Recibe cuanto quieras la memoria de tus padres
y amigos que ya no están; la visita de tus
hermanos y bienvenidos, entre ellos el amor.
Pero libérate pronto de sus presencias
para añorar el sabor de la compañía
y permitir el reencuentro a la distancia del tiempo.
Presta atención a los cuidados y reparaciones
que toda casa requiere.
Amístate con sus palabras; el lenguaje
siempre ha sido una especie de salvación.
Sumérgete humano en su luz y en sus sombras,
en sus lacónicas respuestas.
Y solo para cuando estés preparado
húndete en su sueño liberador de rencores.
Podrás reconocer entonces que has erigido y
habitado la estancia que todo nos ofrece: la Poesía.

ASUNTOS DE CASA

1

Primero fue una luz. La luz era un sueño.
El sueño una mujer y un hombre que se amaban.
Así, creció la casa.

2

Un día hubo humo en su chimenea.
Y niños iluminados de algarabías.
Un perro y un gato que siempre se peleaban.
Y un hombre sudoroso que llegaba a las seis
todos los viernes por la noche.
Había que oler entonces el amor
emanando por sus ventanas.

3

La casa acostumbró a sus habitantes.
Poco gustaba de visitas, a no ser que fueran
pájaros o aguaceros.
Nunca conoció a otra semejante. Lo más cercano
siempre fue la casa del perro o el establo de
las vacas. Por eso era perdonable cierta
altivez que lucía en las mañanas
cuando alardeaban sus contornos.

4

Tuvo enfermedades como todo el mundo,
pero siempre hubo alguien atento a sus dolencias:
ajustarle una puerta, cambiarle unas tejas,
remozarle sus colores, obsequiarle macetas nuevas,
esos cuidados menores que uno necesita
para poder volverse viejo.

5

Los muchachos crecieron y buscaron su destino.
Así la casa se acomodó sus primeras penas.
Madre y padre lucieron sus canas
y desgarraban el silencio en sus mecedoras.
Arriba, las estrellas y la luna, puntuales,
atestiguaban la reciedumbre de la casa
plateando sus testarudas paredes.

6

Un día ya no hubo más padre ni madre.
Y en la colina, se cavó para los muertos otra casa,
esa pariente subterránea avezada en olvidos.

7

De eso hace ya muchos años,
cuando la casa vivía y aún no se había tendido
en su propio sueño.
Aquí pueden ver sus huesos a ras de tierra.
Su esqueleto demarcado entre yerbas y malvas,
nada más que pobres señales de un monstruo abatido
resistiendo a duras penas las últimas cicatrices
de su memoria.

ZAPATOCA, DÍAS DE 1963

A Luisa María, mi madre.

Lejos, detrás del alba, me llama mi madre;
es su voz la que me colma con cantos de pájaros.
Mis hermanos corretean los animales
pero todo ocurre ahora en silencio.

Arrullándose a sí mismo, el rumoroso árbol
del solar contempla la familia campesina.
Trato de comprender su lenguaje, pero aún no puedo.

Una hermosa y joven mujer languidece la casa
salmodiando sus desamores; todavía la siento.
En el pueblo alguien pregona leche fresca.
No es que crea oírlo; su pregón ya es alimento.

Mis sueños se escapan con el humo de la cocina
y tras ellos va el tiempo desplegando sus aromas.

En el esplendor de la mañana aparece mi padre,
sereno y bello, sorbiendo su café tan lejos de mí.

Un grito se escucha en mi alma:
sacude dolores que aún no soporto
y me ahúcha desde ya sus fantasmas
al temor de vivir huyéndome.

Es el presagio del fuego solitario que arderá
mis días venideros, especie de ángel desalado

o algo que me anuncia no sé qué, desde esa casa
de la infancia que siempre me lleva consigo,
la que nunca ha dejado de aniquilarme...
la que siempre se atarea en revivirme.

INFANCIA

Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia.
Juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.

Eugenio Montejo

1

Recuerdo cómo jugábamos
a las palabras suicidas
–que de algún modo habitan al niño–
las estallábamos
contra los muros de las noches,
hacíamos un jardín con ellas,
nos lanzábamos a su silencio absurdo
y moríamos abrazados a su dolor.

2

Un día perdimos al tiempo
en los linderos del bosque;
¿podrá algún canto atraerlo
a mi gruta?
Oh la oración infantil
que perturbaba la sangre,
cómo huyó de los labios...
cómo nos liberó de los años...

3

Acudieron a la cita
mis juguetes destrozados
y el pequeño fantasma
abandonado en ellos;
¿dónde las manos que me los ofrecieron?
¿qué de su imperio inaugurando formas?
Esta superficie brillante
que violenta mi garganta
fue alguna vez un sueño para mí;
¿por qué no me reconoce
y aligera esta muerte?

4

Ya se sabía de la luna
y su abusiva permanencia;
ya habíamos entonado
el último canto a los divinos;
¿para qué volver de la muerte
si el aroma de las azucenas
nos esparce por el campo?
–olfatos hay que pasan
y nos acunan en su memoria–

5

Los niños jugaban a la ronda
en un jardín sin colores ni aromas
–de sus caritas tengo el recuerdo
de sus juegos silenciosos–
Los niños insistían en el martirio;
ya habían olvidado
que eran pequeños muertos.

6

Por agosto
elevábamos cometas
y echábamos al agua
barquitos de papel;
una tarde cómplice
todos nos hundimos en silencio
y ya no hubo más agostos;
!qué seductor era el estanque¡
¡qué solas y tristes
quedaron nuestras madres¡

7

En invierno éramos felices:
el río se desbordaba
y los muertos soñaban bajo el agua;
las mamás nos protegían en los altillos
y quemaban ramo santo;
por días teníamos a papá con nosotros
mientras el agua bajaba furiosa
con señales de otros pueblos
que no conocíamos;

–esos inviernos ya no existen
ahora que soñamos bajo flores silvestres–

Aún mamá viene los domingos
a rezar sobre la tumba,
y mientras reza,
sus manos viejas y piadosas
arrancan la maleza que brotamos.

SALVEDADES

Cae la noche y ya se van
nuestras miserias a dormir.

Joan Manuel Serrat

ACTOS LIBERTARIOS ANTE UN CRUCIGRAMA

Cuando aparezcan ante tus ojos, borra primero todos los cuadros oscuros; continúa con el entramado de las líneas incluyendo sus odiosos contornos y conjura con un gesto viril a quien pretendió encerrar tan exótica bandada de sueños.

Luego sácalas de tu casa memoriosa y lánzalas una a una o en parejas o como quieras. No interesa cómo caigan ni las trampas que hagan para liarse deslizarse o desplegar sus alas ocultas.

Ellas buscarán su orden o su desorden.

Algunas simularán dormirse, otras harán sus ejercicios pasionarios, y las más, no tendrán reparo en mostrar sus fastas o lánguidas desnudeces. Degustarás el verdadero sexo de cada una y recibirás más de una sorpresa.

Lo importante es liberarlas, ser celestino con ellas (la profesión más noble, según Don Quijote), y prestar atención a sus deliciosos vicios y voluptuosos caprichos.

Deberás aprender bien de sus tácticas y oficios.

Ya sé que los crucigrameros nos odiarán por esto. Eso es lo de menos si has de tener a tu lado la fiel dulce amarga y ambigua alianza de las Palabras.

ORACIÓN

Mi oración por los que se lamen sus heridas bajo
el ojo de la soledad,
por el árbol que se despide de su cielo y se
desploma a la podredumbre,
por el río nocturno que ruge la voz de la tierra
entre cañones de olvido,
por los campesinos y su olor a vacadas a cosechas
a inocencias,
por la tonada del pájaro llamando a la lluvia a la
semilla no brotada al nido sospechado,
por la anciana que entresueña en la comisura de sus
labios sus vástagos ofrendados a la tierra,
por la bestia desterrada de su manada y extraviada
en las estepas de la muerte,
por la eterna eterna orfandad de dios,
por la luna y su mirada abrazando la candencia de los
amantes,
por el amor que no ha percibido el temblor de los
labios deseados,
por cualquier mínimo objeto olvidado que sueña la
tibieza de unas manos recreando sus formas,
por los aborígenes y su elemental idea de los dioses,
por las rosas no abiertas que presienten el roce
de tu aliento,
por un retrato macilento que ya no tendrá más ojos
que lo amen,
por el pecho que te anhela, devoto y pasionario, sin

que tú siquiera lo adviertas,
por el niño que arrastra una tristeza de anciano,
por el mar y las sombras,
por los mudos mudos lamentos del universo,
por las piedras asidas a su calmosa sabiduría,
por los ojos que nunca vieron,
por los senos jamás acariciados,
por la palabra nunca pronunciada
y también por la postrera llama.
Mi oración por la última noche que verán tus ojos,
por la última noche que desolará los míos
antes de adentrarnos
en la noche de todas las noches.

LA POESÍA

Para Mick Jagger

La poesía nos presta sus asombros, sus devaneos, las formas irrepetibles de una tarde, ese leve temblor de aquellos labios que hemos anhelado en secreto, o cualquier otro deseo por fatuo que sea.

Algunos creen poseerla; ignoran que la poesía es hermana de la demencia; no se deja poseer; es ella quien posee, quien acoge.

Podemos ver a través de ella, pero no atravesarla. Su esencia no permite el otro lado, tampoco el de acá; no hay portones, pestillos, aldabas. No se entra o se sale de ella. Se está o no se está.

Momentáneamente puede ser un espejo. Pero ya. No da lugar a vanidades; solo a reconocimientos no muy alentadores. También es una sombra que pasa, o una luz, da lo mismo. Se piensa entonces en un espíritu o algo así; y hacemos bien en pensarlo. Para acercarse a ella hay que profesar actitudes místicas, demenciales o pasionarias. Quienes lo hacen están muy cerca; han tenido sus roces con sus bellezas y sus crueldades. La invitan a su mesa y ella acepta el pan y el vino. Pero no el pan y el vino en sí, sino la idea del trigo hecho alimento y la idea del licor hecho amistad y locura.

Y quien se resigne dormirá lejos de su canto. Hemos de seguir intentando con la poesía, haciendo trueques con ella, intercambiando afectos, deshonras, nimiedades. Tal vez un día nos deje en casa un poco de su luz, o en la mano uno de sus talismanes, o en el pecho, una pócima de su dolor.

OFICIOS CONTRA LA POESÍA

Persuadir a cierto cuchillo
para que ignore el pan
y solo se ocupe de los enemigos.

Abrir los ojos de los muertos
que se resisten a ver
las vísceras del infierno.

Dirigir la flecha
al corazón del único guerrero
que podría libertar a su pueblo.

Desparramar sobre cierta palabra tierna
un olor pestilente y ocre
para que sea abandonada por los hombres.

Advertirle a un Iluminado del mal
su secreta vocación para crear el Caos.

Pintar de verde pútrido
el rostro de los ahorcados.

Abrir las fauces del Terror
solo por capricho
de los dioses ignorados.

Provocar en un varón
–que desdeña la Dicha por temor a su virilidad–
el Deseo acendrado en los labios de un muchacho.

Cimbrar el último estertor
en el bello ciervo
desangrado por los bellos tigres.

Purificar el lecho
al que nunca podrán llegar
una pareja de amantes
que se consumen sin poder acariciarse.

Bruñir el odio mortal entre dos hermanos
para que al otro lado del Universo
renazca un dios perverso.

Cavar mi propia fosa
y morirme en los demás una y otra vez
sin poder abrazar mi propia muerte.
...
Venenoso Cicatero Retorcido y Malnacido
Amo de las miserias: ¿cuántos viles oficios más
tendremos que soportar contra la Poesía?

LA TANTA DICHA DE TU ALMA

La mujer que extiende su miseria para implorar una limosna, exhibe su llaga provocada por su propia mano, su ojo casi salido por un botellazo que ahora agradece como un trofeo recibido, su decrépita calaña y su boca oscura, podrida por las maldiciones proferidas a diario...

El transeúnte –o la transeúnta– que saca una moneda y la deja caer piadosamente en la mano extendida, camina con más liviandad creyendo haber purgado sus culpas y pecados de malciudadano, de malpadre, de malamadre, de malamigo, de hideputa...

Y en la noche, la mendiga rodeada de maleantes y proxenetas, abre su otro negocio, cuenta ganancias, se ahoga en licor, envilece y somete más a sus niñas y niños esclavos, prostituidos...

Y a esa misma hora, tú, hombre, mujer, ciudadano o ciudadana culpable de mezquindades, envidias, infracciones a la vida, mísero humano creyente en la bondad de tu corazón, en la liberalidad de tu alma, te adormeces tranquilo con el mundo, dando infinitas gracias a tu dios por bienes y favores recibidos...

Y en su lupanar, la mendiga recuerda tu rostro mezquino y tu limosna, y te maldice una y otra vez, blasfema contra ti, te vocifera vulgares retahílas de desgracias, escupe tu suerte por contribuir a perpetuar su miseria, y equilibra así ante el Universo, la tanta dicha de tu alma. Gracias a ese equilibrio, vuelves a caer. Bis...

NO LO DIGO YO SINO TU MISERIA

Quien degrada a otro me degrada a mí

Whitman

Estás en todo el derecho de odiar a las prostitutas, homosexuales, vagabundos; a los negros y a los ateos, a los que no les gusta la política, a todo lo que huela a pobre, a lo que ahora llaman en tono eufemístico «las minorías», o a todo aquel que tú quieras odiar.

Eso quiere decir que la sociedad te ha preparado bien, que has amamantado el tiempo justo sus capitales enseñanzas y religiosas caridades, que eres un preso entre sus relucientes barrotes, y que tus maestros han sido excelentes.

Eso te hace más humano, más próximo a caer; porque estás frente a ellos, no con ellos. Porque te has anquilosado en tu propia sevicia, en tu odio artificial.

Y quien se detiene cae más fácil que quien camina. Eso no lo digo yo sino las simples leyes de la física. Termina seducido por los aromas que detesta, por su yo miserable, por el falso amor que lo posee.

Y cuando descubras que tu riqueza es tu vileza, –ese querer gozar aquello que no posees y que falsamente odias– estarás salvado. O salvada. Eso no lo digo yo sino tu miseria que ahora la veo pasar frente a mi verja anhelando una ración de mi libertad, de la libertad de muchos. Puedes tomar una flor si quieres. Ella desconoce por completo estas mezquindades humanas. Y yo, ni he visto ni he oído nada.

ESE DULCE VENENO QUE LLAMAMOS ARTE

Dame un trago de ese veneno que llaman arte; permíteme la agonía del silencio, cerrar el único orificio por donde me lanzan nubes, mascar una rosa mientras espero nada.

Sé que no hay un espejo para mí –ya los he intentado todos y aún no he visto el rostro de mi muerte– pero mi memoria, no traiciona el olor del vino, ni la vela que en su oración de fuego nos ama mientras evadimos el alma. Hoy el dolor me ha forjado en su yunque, ha vertido palabras inertes sobre mi pecho.

Ven, elegido de los lotos negros, verdugo de dios, dame otro trago de ese veneno que llamamos arte. Quiero ser un pájaro.

PARA ATRAPAR UN INSECTO SIN ATRAPARLO

Procura conocerlo bien, escrutarlo y fijar sus mínimos detalles. Entrarás en sus enormes ojos y contemplarás la vida desde ellos.
(Aquí uno empieza a sentirse miserable).

Intentar su chillido, su llamado a las criaturas que pueblan las tardes de los árboles; copular religiosamente y dormirse entre las ramas abrazando la noche.

Una vez en tu memoria podrás atraparlo suave... serenamente.
Mantente inmóvil, silencioso, y desecha todos tus odios. Escucha los susurros de la felicidad, la terrible armonía del universo; permítele desplegar su vuelo por tu averiada memoria; si es preciso, expand tus estrechas fronteras tanto como sea necesario. Al final, repentino, volverá a la desolada eternidad. Aquí empieza a doler la libertad. Pero ya no importa. Nunca podrás olvidar su vuelo.

LOS RAROS

Aunque rara vez caen, van por ahí dando traspiés
contra todo, remendando la soledad, coqueteándole a
los árboles o prefigurando en las nubes terribles e
ingenuas batallas de diablillos enamorados;
los otros, solo se ocupan de ellos cuando de
criticarlos se trata, pues no saben entrar en la
inmensa posibilidad de sus actos y de sus palabras;
cargan siempre un extraño dolor difícil de definir
y sus abrazos ni son programados ni pretenden
ser otra cosa;
cuando los obligan a trabajar son objeto de burla
por su encantamiento, mas ignoran su inteligencia
atenta al mínimo susurro del viento;
en mi casa suelen dejarse caer algunos: los vecinos
cierran sus narices creyendo que huelen mal,
abren sus ojotes ante sus vestimentas y
agudizan sus oídos para tratar de entender lo que
nunca entenderán (mis vecinos, que son horribles,
se mueren de envidia, enferman y van al médico,
pero el médico no les halla nada porque los otros
siempre han sabido camuflar cualquier vergüenza);
pero sigamos con los nuestros:
si sientes tristeza, puedes contar con ellos
si quieres hablar de cosas insignificantes, también,
pero nunca trates de enjaularlos en lo que llaman

«una personalidad estructurada», pues solo los otros
soportan semejante suplicio;
un maúllo, una palabra vieja, una luna despistada,
un capullo de nada, un amorcito ajado, todas esas cosas
y muchas más puedes hallar en sus pupilas o en sus
bolsillos si tienes el privilegio de tratarlos;
para el sexo son música-marea-brasas, dan tanto como
quieren recibir y saben compartir el dolor hasta
volverlo trizas;
tienen el don de la ubicuidad, y sin proponérselo,
descrestan y desenmascaran a los moralistas sin moral;
cuando miran el agua son agua
cuando se echan sobre la tierra son tierra
cuando prenden un fuego son ellos los que arden y así
sucesivamente con todas las cosas bellas y feas;
y con el mismo silencio con que se embelesan
observando cómo una arañita entreteje su universo,
se duelen con los perros callejeros ante la crueldad diaria
y se instalan frente al mar para soñar que siguen vivos;
por eso es imposible vestirlos de etiqueta
o llevarlos a un club social (sin que sean asociales)
o hacerles una propuesta deshonesta (como el matrimonio)...
pero invítelos a un vino
o a elevar una cometa
o a descifrar el llanto de los árboles envejecidos...

Nunca verás sus nombres en tarjetitas de presentación
ni tendrán jamás una chequera, ni los oirás hablar
sobre la devaluación, o sobre «la primura» de sus hijos,
que cuando los tienen, los creen pájaros y
los empujan a la libertad;
y tendrás que esforzarte para entender cuando te hablen
de... la melancolía de una fruta
el olor de los arreboles
la belleza cadavérica del amigo que acaba de morir.
Los raros (todos) ellas y ellos,
me han salvado enviándome unas alas cobrizas,
una nuez como brújula, un trocito de noche,
unos ojos para transparentarlo todo, y una bebida hecha
de ganar de amar tan grandes como de morir;
esos abalorios, esa pócima de amor y muerte,
aún me mantienen en pie ante la rapacidad de los otros.
Los raros ¡ay los raros!
sin ellos, no podríamos asistir al aleteo
de la Belleza.

A LA VIDA VINE A VIVIR

A la vida vine a vivir.
Que no me falte la sagrada carne
ni el espíritu que la hace bella;
que tu mirada sea siempre
el espejo donde me pueda revelar;
que jamás jamás me abandonen los dioses de la poesía y
los avatares para llegar a ella;
que la noche no me niegue nunca sus alas
de vuelos alucinógenos y que el día
no me aplaste con su esplendente verdad.
Que nunca me olvide agradecer lo recibido y
el ingenuo narciso que deje asomar de ninguna forma
sea malintencionado;
que el deleite del vino me secunde siempre
el fragor de la amistad;
que por el umbral de mi casa entren menos fantasmas
y más seres reales, pero con la condición de que
posean la belleza que ilumina la poesía;
que el universo aleje de mí –lo más remoto posible–
a mezquinos y fanáticos, maulas y malnacidos,
y que a cambio, no me falten
tus deseados labios que llevarme a la boca,
ni los árboles y sus cantos de pájaros,
ni el misterio de los gatos

o la hondura de la música y los atardeceres.
A la vida vine a vivir.
Pero no me lo hagan tan difícil,
que tengo pocas fuerzas
y estos tiempos son realmente precarios.
Abran paso. No estorben, no malquisten.
Déjenme alucinar con el horizonte de los sueños
y no metan zancadilla solo por envidia,
que soy yo quien debo gozar
mis propias alegrías y mis íntimas tristezas.
Miren que la vida regala poco
y todo lo cobra generalmente por adelantado.
Abran paso. No estorben. No jodan.
A la vida vine a vivir.

PAÍS ÍNTIMO

CONFESIÓN

que no tengo personalidad ni quiero tenerla...

Rafael Cadenas

Me confieso culpable de entender más a los animales
que a las personas
de solazarme días enteros ociosamente mirando pasar
las nubes mientras el mundo trabaja y trabaja
de haber tenido serios deseos/ de matar a unos cuantos
de no ser rápido para tomar decisiones y
pasar como un tontazo cuando no entiendo lo que
hablan a mi alrededor, por ejemplo, la teoría literaria,
el índice dow jones, la ley de educación, etc
de no haber aprendido a pintar para evadirme con
el furor o la tristeza de los colores
de aburrirme soberanamente
de desconfiar de los alumnos que pretendan ser
más imbéciles que yo
de no haberme fugado de casa cuando chico y haber vuelto
unos cuantos años después convertido en
prestidigitador o en trapecista
de no abrazar ninguna religión más que la naturaleza y
su poesía viva
de llorar cuando al alma le venga en gana aunque
últimamente eso ya no esté de moda
de tener pocos amigos y muchos amores idos
de soñarme a veces Don Quijote Minotauro Atila o

la hetaira más hetaira de la gran decadencia griega
de jamás ofrecer la otra mejilla / sin antes sacar
el arma que siempre llevo conmigo
de haber declinado con el hachís / porque es tan
difícil conseguirlo
de no saberme bonachón ni estable ni dócil
de creer en el delirio en la insania en el caos
de no ser inteligente ni sagaz tanto como
despistado amnésico y abúlico
de haber sido feliz/ solo hasta la adolescencia
de que los demás me confundan conmigo/ cuando en
realidad me he pasado la vida sin encontrarme
de haber abandonado mi familia y ser incapaz de
convivir con alguien
de hablar solo o con los perros o con la lluvia o
con los muertos
de detestar el trabajo con horarios tanto como
los pésames y las condecoraciones
del gusto por abandonarme en mi hamaca y repasar
inútilmente en ella la película de mi vida
de haber deseado muchas veces que un enorme enorme
meteorito se estrelle contra la tierra y ¡zas! todo
(y todos) quedemos convertidos en pavesas, en
polvillo del universo
de amar a Emily a Charles a Gadafi a Dalí
de haber preferido ser un gusano en el buen sentido y
apetito de la naturaleza
de haber llegado a los cuarenta y seguir vivo usurpando

el oxígeno que otro aprovecharía mejor
de no saber engañar a los demás (que de mí me encargo yo)
de aullarle a la luna y querer ser una sombra nada más...
en fin,
que soy culpable culpable de sentirme
débil olvidado ajeno prestado
presa de dichas y desdichas, aquí, entre todos ustedes,
cuando aún (dicen) puedo dar la cara,
pues una vez me haya ido
ni del hedor mío podré sentirme culpable.

LA HERMANA

La hermana que rumia un evidente dolor
y tritura el candor entre sus dientes;
la que nunca fue buena estudiante pero tenía
la mejor caligrafía y la más sólida disciplina;
esa hermana que pareciera tener por corazón
un alacrán;
con la que nunca me he dado un beso sentido
porque la gente recia de mi raza jamás nos enseñó
lo que es un abrazo y mucho menos un beso entre
hermanos;
la que no soporta un hombre por mucho tiempo
porque nació indómita altiva y cerrera;
la que decidió ser madre soltera y de madre
no tiene la más mínima vocación;
la que le da lo mismo una flor que un cuchillo;
la que se encierra en su corazón para
no encontrarse ni consigo misma;
la que resultó excelente enfermera y tal vez
haya amado heridos y moribundos en las
largas noches de los hospitales;
la que siendo siempre responsable no se entrega
no se rinde no concede;
huraña hiriente explosiva y atroz contra
los que se atreven a enfrentarla;
tan débil de salud y tan recia de carácter;
la que no sabe irse por las ramas ni conoce freno

en la lengua para esputar la verdad;
la que prefiere dormir a contemplar atardeceres;
a esa hermana, ¿qué odioso óvulo engendró su vida?
¿Por qué el destino la obsequió con toda su frialdad?
A esa hermana mía, muy mía, yo la amo por sobre
todas las demás, y cada vez que puedo,
sin que ella siquiera lo sospeche,
rozo sus bellas mejillas con mis labios
y con mi beso endulzo toda la hiel
que le heredó la vida.

ABUELA

Creces en la penumbra creando las formas del silencio, posando en la quietud el peso de las manos que han conocido la fiebre del instante en que brota la nostalgia como el asombro de una flor nocturna.

Caminas lentamente hacia la mudez del paisaje que ofrece la ventana; viejas fugas del alma vuelven a la memoria; la parquedad de su casita de barro se inclina cansada ante el camino de piedra. El olor de la cosecha y los aromas de la cocina desatan los hilos que aprietan la vida; el oficio del café y sus consabidas humedades aún mantienen a la abuela.

Qué puede, oh dioses de la dicha, ser más bello, si el amor de esta anciana campesina o las delicias que saca de su horno de adobe. Cuántas derrotas pesan en su espalda encorvada, cuántos lentos dolores en su espíritu. Cómo contenerme ante el roce de su bella y rugosa mano prodigándome salud y bendiciones. Qué necia fortaleza la mantiene en pie para ver crecer mi sombra de hombre, para verme partir –quizá por última vez– cuando mi angustia me reclama otros parajes que solo el horror me sabe prodigar.

EL PADRE

«Mi padre era para mí «el asesino»...

Umberto Saba

Conocí a mi padre a los diez años, cuando ya no me hacía falta –pensaba yo. Un día llegó de visita, una nube pasajera nada más, y luego siguió apareciendo con cada semana santa. Mi valiente madre lo trataba como a un extraño, con sumo respeto, y lo hospedaba en el cuarto de los hombres mayores, con mis cuatro adustos hermanos. Ella seguía fiel a su aposento de las mujeres. Eso se llama desamor. A los veinte lo fui a visitar. Vivía solo, ensimismado y entrando a la vejez, en permanente diálogo con el Gran Río, en un pueblo candente, lejos de su tierra y de los suyos. No pude llevarle nada porque ya nada necesitaba en su reciente tumba. Solo unas palabras que no pronuncié pero que él bien supo escuchar.

Ahora a mis cuarenta apenas soporto su recuerdo. Si lo hubiese visto envejecer, prepararme así para mi posible vejez, enseñándome lo que nunca pudo en mi infancia, justificando al menos la vida que llevo tan parecida a su aislamiento. Conocí a mi padre a los diez años como quien mira una fotografía de un pariente lejano que no conocimos ni sabemos amar.

Aferrado a la memoria, entre poetas que sueñan o sangran desde sus libros, intento ahora moldear la vida con el filo de la palabra, como tan dignamente él supo moldear la suya con el filo del silencio.

CARTA AL HERMANO

Tengo en el alma un hermano

Piedad Bonnett

Desde mi ayer que se resiste a morir te escribo esta carta con el pretexto de tu mutismo; aquí en este puerto las aves ganan la ruta que no me atrevo a seguir; las llaves de mis grillos y de mis cadenas se las ha llevado el verdugo; el tiempo se ha encerrado conmigo en esta celda que no visita la muerte; labro en las paredes el recuerdo de tu palabra para ahuyentar la orfandad, y te imagino en casa cuando éramos jóvenes; tú, ocupando el puesto de nuestro padre sin que precisaras un padre para ti; sentado, atrapado por la lectura mientras yo aprendía de tu silencio; necesito esa voz pulcra, precisa, contraria a la horrible moral establecida por la iglesia; me urgen tus indignaciones contra la injusticia, tu calor callado de hermano, porque mi vida pende de esos recuerdos, duros pero bellos, en que valerosamente nos levantó nuestra madre. Hermano, por aquí apenas pasa la vida trajeada de colores raídos a pesar de tanto paisaje, y yo quisiera verte llegar aunque sea en una carta, así se me atragantasen todas las palabras que acumulo para ti; pero la distancia y los años nos están negando; tengo mis manos rotas, el lenguaje frío, el implacable recuerdo de mi extraña niñez asesinándome, la batalla cotidiana con las palabras delineadas por la sombra; para evadirme enciendo cirios y quemo bija, exorciso los muertos que amo, me embriago y me tiendo desnudo bajo la lactescencia de la luna llena, mientras las hienas deambulan silenciosas, extraviadas por mi memoria. Pero nada logra redimirme; el día con su gente sucia me avasalla; la noche me alucina como si yo fuese un animal salvaje y solitario que anhelara su manada; el olor del mar me llama hacia su reino de sinfonías asfixiantes; anhelo entonces la sordidez del último verbo, su desesperado color sangrante resbalando por el brillo del puñal, la belleza de

un cuerpo joven, desnudo, recién sacrificado a los dioses. Hermano que habitas en una ciudad lejana, en un país que desconozco, hoy pretendo romper fronteras, usurpar distancias y llegar a tu casa, solo, con mi equipaje de palabras grises, reclamándote el calor que me pertenece. Tal vez aún haya un camino. Escríbeme y dime cómo es el frente de tu casa; dame aunque sea una señal para no equivocarme de puerta.

RITUAL DE LA MEMORIA

A Ricardo Serpa, in memóriam

En una serie de caracteres antiguos he vislumbrado la felicidad; ¿pero qué puede hacer el viento frente a una ciudad destruida más que acariciarla y amar las formas de sus ruinas nobles?

He visto a un dios cayendo lanzar su última mirada sobre el océano. En la frente de un niño descubrí el valor que le falta al mundo para detener el Caos, pero él nunca lo sabrá.

Una hoja seca que se aleja solitaria me hace rememorar un octubre que fui feliz con el calor de unas manos y la melancolía de unos ojos verdes. Las cosas que abandoné en mi niñez hoy asaltan mi memoria; una casa hay que clama la presencia de mis ojos callados y la figura del hombre triste que fue mi padre; la sombra de una anciana, que tal vez es mi madre, me ofrece un café; eso, también vale una lágrima mía.

¿Quién al otro extremo del Cosmos estará esperando ciertas palabras de este lado para erigir de nuevo la vida?

Las cosas que me rodean, y las que no me conocen, retoman ahora su lugar en la noche. El aliento que moldea su lenguaje silencioso va otra vez camino al sueño, o a la muerte, que es lo mismo.

Yo entre tanto me estoy yendo entre tinieblas, con la huella del amor y de su olvido entre mis manos, y con la certeza de no haber conocido ni una mínima parte de esto que llamamos... Vida.

CUALQUIER TARDE A MIS DIECISIETE AÑOS

A Reina María Rodríguez

De cualquier esquina puede aparecer un muchacho extraviado de los sueños que lo atormentan; las vidrieras esperan su paso para ofrecerle su desconcierto: el firmamento gris, tremolante de la ciudad, el vuelo imaginado de un pájaro que ya no habita en el universo; descender al libertinaje que permite las alas ya no es un misterio ni un sacrificio; tampoco fumar o estallar la mirada contra la agonía del resplandor que nos abandona; aquí todos valemos lo que la huella de un silencio. Si el muchacho saca a pasear su desidia no es porque el día haya rehusado ofrecerle su agonía; es la necesidad de un cine y su oscura transparencia, la terrible belleza de un rostro deseado, el tropezarse siempre con gente desconocida; mucho desearía que en esta ciudad nevara para quemar su sed contra la nieve, para aullarle a su enloquecido brillo, para imaginarse dando pasos blandos en un planeta desconocido que no supiera de atardeceres ni de tulipanes; si el muchacho sueña un encuentro, lo dibuja y se le cumple; si se desea a sí mismo, busca el sitio apropiado se acaricia y se masturba; si desea el cielo, saca del bolsillo los ajados poemas de Emily Dickinson y los relee tendido en cualquier paraje del mundo; pero ahora le urge el olor de la luna, el celo de algún animal salvaje o la tibieza de unos brazos fuertes que lo adormezcan, de unos besos que lo hundan en la melodía que lo persigue, que le emancipen ese dolor que signa su condición de solitario lector de biblioteca entre tantos libros tan bellos, entre tanta música que emana al vuelo de sus hojas; y el mundo tan solo y agonizando sin remedio... y allí la historia del rey que por riqueza tenía un hijo muerto; y el relato de la doncella que por locura devoraba pétalos y se desangraba con espinas ante el espejo; y el cuento del muchacho que extrañamente

vestido se perseguía en un tiempo que no era el suyo, tarde tras tarde, sin encontrar sus huellas. De cualquier esquina puede emerger un muchacho, venido de un barrio sin nombre, envuelto en su fina soledad. Esa es su esquina favorita, esa la vidriera que exhibe preciosas antiügedades y en ella el cuadro que lo tortura; ahí el muchacho que me observa desde mis ojos, el que se busca y no me encuentra, el que se muere sin dejarme morir, el que según dicen, lleva más de doscientos años agonizando en el mismo lienzo, salido de las manos de un posible pintor de Amberes, totalmente anónimo. De cualquier esquina puede emerger un muchacho, casi niño, casi hombre. No lo ignores, Destino; no lo ignores, Espíritu del Arte; puede ser tu propio fantasma derramando el tiempo frente a la casa del silencio, allí donde dormita el alma de lo que no podemos nombrar;

...y el mundo tan torpemente solo negándome sus brazos.

RIQUEZAS

Mi amor que seguirá cuando me vaya

Eugenio Montejo

Nada me hace falta.
El agua brota sus terrosos secretos
alrededor de mi cabaña.
Infalible la noche vierte su desamparo.
En los árboles los frutos amarillean y
se lanzan estallando sus tersuras.
Un tremor que nunca falta desgarra el universo
atravesado por el pavor de los pájaros.
Recuerdos vagos y contundentes
sacrifican la sed de la memoria.
Gruñidos de animales salvajes circundan
a veces mis noches: la latencia de la muerte
reclamando sus formas sobre la vida.
El fuego late y cuece cuando es necesario.
Se agita el lamento incontrolable de los vientos
que desatan el alma de los árboles.
Una que otra tormenta con sus bellos
relámpagos sosiegan mi espíritu.

Las rocas suplican y nadie las oye.

El olvido es un oro eterno por el que huye
el atardecer con la ilusión de un venado.

El camino a casa, al que cuido y desyerbo
para que nunca se enmarañe, reclama a diario
el dolor de mis pies heridos.

La luna su implacable gravedad.
El tiempo su absoluta desnudez.
Y mi amor que nunca regresa.
Saudade. Esas son mis riquezas.

POEMA PARA MI AMOR QUE ES UN ANIMAL

Aparte de vertebrado, mamífero
carnívoro, bípedo... el ser humano
también es un animal cruel y bello,
si no, que lo diga mi pecho, el pobre pecho
oculto bajo la ropa, la piel y la armazón de huesos,
atrincherado de pavor ante mi amor
que sin piedad ni consideraciones
me ha desnudado su cuerpo, pero no su alma,
y me ha enseñado las cicatrices
de sus sangrientos combates.
Mi amor que es un animal
y observa al igual con ojos de serpiente
salamandra lobo o lechuza.
Mi amor que es un animal
y habla la voz de los pájaros.
Mi amor que hace guaridas y las abandona,
que muda de piel
que respira en un gamo
que planea en un buitre
que duerme en un tigre
que abriga y tiembla en una pajarita.
Mi amor que instintivamente es un animal
y nada sin treguas en las aguas de mi memoria.
Mi amor que es un ave fénix cada mañana

que despierto de la muerte,
y es un vellocino bajo el sol
y es un unicornio con la tarde
y es un dragón bajo la luna.
Mi amor que gruñe gorjea
muge brama aúlla chilla
piafa y
desgarra mis entrañas
para exhibir mis vísceras como trofeo.
Mi amor que es un animal casi humano
y fue bien parido el día en que nacieron
libertades nubes vientos y olas.
Mi amor que jamás ha conocido una jaula
más que su propio cuerpo
y nada sabe de cazadores y domadores
y mucho sabe de árboles y ríos.
Mi amor que husmea aceza atisba
se agazapa se arrastra salta
ataca destroza y devora.
Mi amor que huye de sí día y noche
después de habernos saciado
en el hambre de la soledad
y en el dulce misterio
de los cuerpos que se unen.
Ese amor, ese amor animal,
¿bajo qué forma o qué vuelo
estará preparando su siguiente celada?

Posibles víctimas que me escuchan,
si alguien, alguno de ustedes,
por azar, por buena o por mala suerte
tropiezan con su animalidad ronroneando la tarde,
atisbando el tibio sol que penetra el mar
o abandonándose a las ramas de un envejecido árbol,
descríbanle, por favor, mis rugidos, mi desolación,
mi mirada que ya no ve más que sus propios
ojos de fuego;
llévenle el mensaje de mi carne y de mi espíritu
que en celo anhelan de nuevo frotarse en su almizcle.

Intenten con un silbido suave, un trino,
un gorjeo, un canto extraño,
algo noble que no tenga palabras
para que pueda entender.
Si así lo hicieren,
eternamente agradecido
eternamente agradecido.

VIAJEROS

VIAJEROS

1

Hoy hemos emprendido el viaje
en un vapor de principios de siglo;
el puerto,
que era nuestro único equipaje,
sin más señas que su silueta, inmutable,
nos ha abandonado.

2

Una luna de agua
se ha instaurado sobre los pasajeros;
alguien desde la proa
canta en un idioma quejumbroso.
–Cómo se aleja el vapor fantasma río abajo–
Aquí nadie escapa al sesgado beso
de la irrealidad.

3

Una mujer sin edad va con nosotros
huyendo de la muerte.
Ha olvidado ya sus oficios de hechicera,
sus poderes para crear el caos o la belleza.
Ignora que este vapor ya no existe,
que todos somos aparentes actores
simulando apenas trozos de vida.

4

El viajero principal,
a diferencia de los demás,
ni huye ni refunfuña.
Entregado a su destino
se deja llevar, a veces callado,
a veces canturreando salmodias espesas,
rapsodias que prodigan misterios
y lo hacen majestuoso.
Con sus lamentos nos arrastra a todos.
El deseo de ser sus aguas nos alucina.
Entretanto, la mar en su sabiduría lo espera.
Y con él transcurren ya sus presentimientos
de esa muerte de esa dicha de ese azul.

5

Vana es la intención del viajero
que agazapado me acompaña.
Me acosa con el deseo de huir
sin perder su identidad ni sus pasiones.
Palpita y repta dentro de mi ser.
Creyéndose prisionero
ejerce bien su oficio de verdugo.
¿Dónde las rutas que nos separen?
¿Qué poder hemos de implorar
para abandonarnos?

6

Y con todos nosotros,
el viajero de siempre,
el tiempo,
su sueño que nos consume
para evitarnos el terror de lo Eterno;
el que levanta y destruye pueblos
y conoce de memoria los vacíos rostros de dios;
el que engaña a los hombres
obsequiando veleidades,
pobres grandezas de la miseria humana.
El tiempo, con sus caprichos y resabios
ofreciéndonos la palabra y su memoria
con la certeza de que nada pierde,
de que todo vuelve a él,
a su equipaje siniestro
a la idea que lo nombra.
El viajero que no sabe morir
y en venganza reinventa cíclicamente su juego:
nos crea nos abandona nos aniquila.
Agraciados que somos, finalmente.
Pasajeros de última clase. Mendicantes.
Pobretones que no tenemos cómo regresar
del viaje a su vacío.

TU VIAJE A LA SOLEDAD DE TU NOCHE

Para merecer los caminos del mar el hombre ha de ser su propia nave guiado por el pensamiento y la perplejidad de su lenguaje. Cualquier punto servirá como partida llevándose como equipaje a sí mismo, su carga delirante de recuerdos, su pasión apuntando a la deriva y su doliente Itaca fulgurando en la memoria.

Nada más acorde con los sueños que la aventura del infortunio; nada más certero que la propia incertidumbre y su íntimo dolor enfrentándose a su rostro; despertarse una mañana en tierras lejanas y encontrarse en una mirada que nunca volveremos a contemplar; descubrir que no es el atavío de la palabra poética lo que nos desconcierta sino su huella y su música profunda asestando nuestros sueños; avanzar herido hacia un puerto imaginado buscado alivio y protección; en fin, saborear la desazón de nuestro destino al cruzar el umbral de otras vidas desconocidas cuyas miserias nos están anhelando tanto como nuestras ilusiones.

Solo hay que dejarse ir, desnudar ciertos temores, sentirse, como lo somos, dueños de nada, y creer con vehemencia que el universo todo lo provee, desde la dicha del amar y ser amado, hasta el faro de la muerte vislumbrándonos en su justo momento.

Para alucinar los caminos del mar solo faltas tú como viajero. Aférrate a tu nave y no permitas que su quilla estalle antes de tiempo. Arrea su última vela, así esta sea tu propia alma. En una de las tantas rutas podremos cruzarnos: reconoce esta mano hermana, que más que un adiós dibujado a la distancia, alentará tu viaje a la soledad de tu noche.

EVOCANDO A EMILY

Que pueda yo esta noche
morar en ti.

Emily Dickinson

1.

Ciertos idiomas hemos olvidado;
pero a veces vienen algunos,
–alados, temblorosos–
y desde el jardín nos ofrecen
sus enigmas.
Tratamos de intuirlos,
de descifrar sus designios,
y para nuestra desgracia,
no logramos entender.
Puede ser que nos hablen del amor,
de un pasado absurdo o feliz,
de una remota isla soñada
por dioses y árboles,
de qué sabe quién.
¿Podrías tú, solitario pajarillo
que gorjea en mi ventana,
ayudarme con más señales?

2.

Que pueda yo esta noche
morar en ti,
correr el velo de tu sueño
y adosarme a la perplejidad
de tu almohada;
que descuidadas , tus huestes,
me permitan deslizar unas palabras,
sembrarlas adentro de tus fortalezas,
en el débil amor que me entregas.
Vendrán lloviznas, noches, luz,
y se ocuparán de ayudarme
con sus murmullos oficiantes.
Y mientras mi espera diezma tus ejércitos,
acometes, y lo sabes,
el más fiel de tus oficios
al morar dentro de mí.

3.

Hay relojes que nos indican las horas,
existen otros aún más perversos que olvidan
un encuentro que no hemos de gozar.
Una gota cae: ¿cómo contará su tiempo?
Una flor se perfuma: ¿qué será la noción
de una tarde para ella?
Un relámpago nace y muere en un instante:
¿notará él su brevísima existencia?
Pero hay un reloj universal, eterno,
silencioso armonizador del Cosmos, del Todo
y de la Nada.
Su mecanismo gira sin ruidos ni estridencias,
y alguien poderoso, oscuro, lubrica
perversamente cada pieza,
cuida bien de su eterno oficio.
Poca cosa para ocuparse de nosotros.
No contamos para él.
Nuestra insignificancia es absoluta.
Mientras aquí, adentro del alma,
nos apuñalan cada uno de sus segundos,
nos arrancan lágrimas, nos niegan caricias,
nos destrozan lentamente sus garras invisibles.

PAÍS DE AGUJEROS

1

He ahí la llave para abrir la jaula
de las palabras.
Acércate, que no
vacile tu mano al liberarnos.

2

Aquí nadie puede lanzar
la primera piedra,
no porque no haya culpables
en este país de agujeros.
Ya todos estamos muertos
bajo las piedras.

3

Y si alguna tarde
nos volviese a traer
el trino de un pájaro
o el celo de un animal,
no hagamos caso de ella
ni de sus señuelos;
es una vieja costumbre
con la que suele engañar
a los muertos.

4

Esperas a la víctima
en el cadalso de tus ojos;
el brillo filoso del hacha
tiembla en sus manos y en el miedo.
—Me ves llegar
—Ejecutan la sentencia
¿Por qué no escucho
el alborozo de los espectadores?

5

Que los árboles persistan
en su antigua agonía,
que de mi boca verde
se siga deslizando este país de hormigas
que se pudre en silencio.

6

Clausuremos las ventanas
ahora que hemos decidido
ignorar la puerta.
Afuera
el mundo no es tan grande
ni tan feliz como parece.
Alguien que no es la muerte
nos engaña desde siempre.

DIATRIBA CONTRA UN DICCIONARIO

¡Ah, diccionarios!

DIATRIBA CONTRA UN DICCIONARIO

Si usted consulta el pequeño larousse editado en Argentina, este reza en Allende Salvador: «Allende se suicida el once de septiembre de 1973». Si usted ha tenido referencias de un tal pinochet, que ha pasado a ser sinónimo de pinocheto, es decir, asesino, torturador, verdugo, etc., chileno para más señas (vergüenza horrible para tantas y tantos chilenos), católico y cristiano, confesado y comulgado en cada misa de domingo por el obispo de Santiago, íntimo de somoza (quien descendió a los infiernos por el milagro de la dinamita), íntimo de la cía, de la dea, de la oea y de los generalotes videla, viola, galtiere y bignone, quienes se alternaron el poder en Argentina desde 1971 hasta 1983 y desaparecieron con la tortura y las armas a miles de argentinos, uruguayos, paraguayos, bolivianos, obreros, estudiantes, artistas y hasta familiares suyos... decía, si ha tenido estas referencias, deténgase un momento a pensar en lo que dice el tal diccionario larousse...

Y si usted, por ser una persona joven, no sabe o no entiende lo que pasó en Chile y le cree al diccionario larousse, créale entonces también a la biblia, que nos habla de un ingenuo primer hombre llamado Adán y de una perversísima mujer llamada Eva; créale a la patasola, al patas, o en últimas créale al fondo monetario internacional y sus programas impuestos en nuestros pobres tristes países...

Pero si lo que usted quiere saber es por qué Salvador Allende murió valientemente con su metralleta bien ajustada enfrentándose hasta último momento a esa piara de cerdos de dos patas, y que antes de caer, él *cayó* a muchos enemigos...

Si quiere saber por qué Omar Torrijos, responsable de que el Canal de Panamá vuelva a ser de los panameños en el año dos mil, estalló en un avión en pleno vuelo y ofrendó sus pavesas sobre el mar de América Caribe, sin la intervención del espíritu santo pero sí de la cía...

Si quiere saber por qué Bishop, ese negro grande y bello, creyente y defensor fervoroso de los derechos humanos y Presidente de la isla Estado de Granada, se levantó una madrugada invadido hasta en su cama por los marines norteamericanos, y quedó ahí asesinado junto a sus mejores hombres y mujeres...

Si a usted, por simple curiosidad se le ocurre indagar por qué Jaime Roldós, Presidente de Ecuador, fue también volado con explosivos en 1982 en un avión en pleno vuelo, aquí también sin la intervención del espíritu santo pero sí con el silencio anuente de la iglesia católica, apostólica y polaca... Si la curiosidad carcome su cerebro, no se le ocurra creerle a cualquier larousse ni cosa que se le parezca...

Si usted, joven rap-tecno-metal-internet, hijo mío, adolescente inmerso en las propagandas, afiebrado a las hamburguesas y a las gaseosas, si usted no quiere escuchar nuestras voces que no son tan viejas pero que algo saben, invoque entonces a los muertos y desaparecidos para que ellos lo confundan y lo aterroricen con tantas atrocidades; abra, así sea poéticamente, las entrañas de esta tierra latinoamericana para que huela lo que es el horror, aprenda a leer entre líneas y a reconocer los larousses que pululan en cualquier parte y hasta en las bibliotecas de nuestras casas. Pero no me venga con el cuento de que Salvador Allende se suicidó una tarde de septiembre... a otro idiota con ese larousse, hijo mío, joven rap-tecno-metal-internet.

Almenas del Tiempo

-Edgar Lee Masters-

Traducciones de

Hernán Vargascarreño

Fondo de Publicaciones de la Universidad del Magdalena, 2003

ALMENAS DEL TIEMPO
EDGAR LEE MASTERS

© HERNÁN VARGASCARREÑO
Traducciones

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

ISBN 958-97374-1-2

UNIVERISDAD DEL MAGDALENA

CARLOS EDUARDO CAICEDO OMAR
Rector

SANDRA RUBIANO LEYTON
Vicerrectora Académico

DENISSE RANGEL
Vicerrectora Administrativa y Finaciera

FABIO SILVA VALLEJO
Director del Fondo Editorial

Miembros de la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia

Correo Electrónico: fondoediunimag@unimag.edu.co
Sitio Web: www.umag.edu.co

JANICE PALACIOS
Diseño Portada

Diseño y Diagramación
Éditer. Estrategias Educativas Ltda.
Tel. 2557251, Bogotá

GENTE NUEVA EDITORIAL
Impresión

Primera edición
500 ejemplares

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin autorización del autor y de los editores.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*
Bogotá, 2003

Índice

PRESENTACIÓN	VII
LA COLINA	1
HOD PUTT	3
OLLIE McGEE	4
FLETCHER McGEE	5
ROBERT FULTON TANNER	6
CASSIUS HUEFFER	7
SEREPTA MASON	8
AMANDA BARKER	9
CONSTANCE HATELY	10
CHASE HENRY	11
HARRY CAREY GOODHUE	12
EL JUEZ SOMERS	13
KINSEY KEENE	14
BENJAMIN PANTIER	15
LA SEÑORA DE BENJAMIN PANTIER	16
REUBEN PANTIER	17
EMILY SPARKS	18
TRAINOR, EL FARMACEUTA	19
DAISY FRASER	20
BENJAMIN FRASER	21
MINERVA JONES	22
«INDIGNATION» JONES	23
EL DOCTOR MEYERS	24

LA SEÑORA MEYERS 25
BUTCH WELDY 26
KNOWLT HOHEIMER 27
LYDIA PUCKETT 28
FRANK DRUMMER 29
HARE DRUMMER 30
CONRAD SIEVER 31
EL DOCTOR HILL 32
ANDY, EL VIGILANTE 33
SARAH BROWN 34
PERCY BYSSHE SHELLEY 35
FLOSSIE CABANIS 36
JULIA MILLER 37
JOHNNIE SAYRE 38
THEODORE, EL POETA 39
EL JEFE DE POLICÍA 40
JACK McGUIRE 41
DORCAS GUSTINE 42
JACOB GOODPASTURE 43
HAROLD ARNETT 44
MARGARET FULLER SLACK 45
EL DOCTOR SIEGFRIED ISEMAN 46
«ACE» SHOW 47
LOIS SPEARS 48
EL JUEZ ARNETT 49
ANER CLUTE 50
EL DIÁCONO TAYLOR 51
SAM HOOKEY 52
COONEY POTTER 53
NELLIE CLARK 54
LOUISE SMITH 55

HERBERT MARSHALL 56
GEORGE GRAY 57
GRIFFY, EL FABRICANTE DE TINAS 58
SEXSMITH, EL ODONTÓLOGO 59
A.D. BLOOD 60
ROBERT SOUTHEY BURKE 61
DORA WILLIAMS 62
LA SEÑORA WILLIAMS 63
WILLIAM Y EMILY 64
EL JUEZ DE CIRCUITO 65
EL CIEGO JACK 66
NANCY KNAPP 67
EL FISCAL ESTATAL FALLAS 68
FRANCIS TURNER 69
JOHN M. CHURCH 70
RUSSIAN SONIA 71
BARNEY HAINSFEATHER 72
PETIT, EL POETA 73
LA SEÑORA DE CHARLES BLISS 74
LA SEÑORA DE GEORGE REECE 75
EL REVERENDO LEMUEL WILEY 76
THOMAS ROSS, HIJO 77
EL REVERENDO ABNER PEET 78
JEFFERSON HOWARD 79
EL JUEZ SELAH LIVELY 80
ALBERT SCHIRDING 81
JONAS KEENE 82
EUGENIA TODD 83
YEE BOW 84
WASHINGTON McNEELY 85
PAUL McNEELY 87

MARY McNEELY 88
THOMAS RHODES 89
IDA CHICKEN 90
PENNIWIT, EL ARTISTA 91
ROBERT DAVIDSON 92
ELSA WERTMAN 93
HAMILTON GREENE 95
ERNEST HYDE 96
ROGER HESTON 97
AMOS SIBLEY 98
LA SEÑORA SIBLEY 99
ADAM WEIRAUCH 100
EZRA BARTLETT 101
AMELIA GARRICK 102

Presentación

La antología de Spoon River consta de cerca de doscientos cincuenta poemas en verso libre, descritos como «menos que poesía y más que prosa», en palabras del propio autor.

Edgar Lee Masters imagina un pueblo, recrea nombres ficticios, se instala en el cementerio de Spoon River, y utilizando los monólogos de sus habitantes, inscritos en cada una de sus lápidas, nos brinda una semblanza de la sociedad pueblerina del medio oeste norteamericano. Cada epitafio se convierte en un pretexto irónico que revela la verdadera vida de cada uno de los parroquianos. Los valores y antivalores de la sociedad van quedando expuestos ante el lector con un realismo que sobrecoge, enternece o nos produce hilaridad. A medida que se avanza en la lectura van apareciendo fracasados y vencedores: negociantes, jueces, ladrones, prostitutas, soldados, maestros, esposas, obreros, todo un grupo familiar y social que después de muertos relatan sin tapujos la esencia de su paso por la vida.

Los epitafios adquieren más relevancia si se leen en su totalidad, pues algunos son respuestas a otros precedentes, y así el lector puede enlazar situaciones, identificar parejas, tomar partido por un personaje o anteponer sus

puntos de vista sobre un hecho sucedido. Las confesiones de los personajes ya muertos revelan con una gran dosis de ironía y patetismo el desmoronamiento familiar, las prácticas religiosas, los modelos educativos, los sistemas políticos y económicos, la fragilidad de la justicia, utilizando para ello meditaciones filosóficas que, alternadas con suicidios, asesinatos, fraudes e injusticias, elaboran un marco transparente de la vida privada y pública de la sociedad en la que le correspondió vivir a Lee Masters. Cumplió así el autor con la ya legendaria sentencia de que quien describe su aldea describe el mundo. Por supuesto, hay que entender el hecho de que los conciudadanos norteamericanos de su época lo criticaran duramente por revelar las pequeñas y grandes vicisitudes de su propia comunidad, lo que no impidió que su obra cobrara cada vez más relevancia dentro del panorama poético nacional.

Hay que aclarar también que muchos de los nombres o apellidos que dan título a los poemas prefiguran un juego idiomático en lengua inglesa, lo que adelanta en algo el contenido de los mismos para quien los lee en su lengua original.

Queda en manos de los lectores de lengua castellana la presente selección de noventa y nueve poemas de este maestro de la poesía norteamericana, de quien Ezra Pound expresara: «Al fin América ha descubierto un poeta».

EL TRADUCTOR

***

La poesía tiene a veces ocurrencia cuando menos se espera. Ya no se daba nada por el talento poético de Edgar Lee Masters, un oscuro abogado que en 1902 había publicado un drama en verso titulado *Maximiliam*, y que fracasó a los ojos de la crítica de entonces. Pero un buen día de 1915, tocado por la inspiración, por el rapto poético, publicó el libro que hoy es un clásico, su *Antología de Spoon River*, colección de epitafios en donde los difuntos cuentan su historia creando un gran fresco de una imaginaria y pequeña aldea norteamericana. Nacido en Garnett (Kansas) en 1869 y muerto en Filadelfia en 1950, Edgar Lee Masters es el anti-Whitman, el antivitalista por naturaleza, el escéptico que mira el mundo por las cuencas de una calavera. Razón para que lo leyera con admiración Juan Rulfo. En sus poemas los muertos hablan con otros muertos desde sus tumbas. A lo largo de 250 epitafios, el poeta puso en escena la historia de la estupidez humana, una historia clínica contada con humor, con odio y con ternura.

JUAN MANUEL ROCA

LA COLINA

¿Dónde están Elmer, Herman, Bert, Tom y Charley,
el pusilánime, el forzudo, el patán,
el borracho, el pendenciero?
Todos, todos están durmiendo en la colina.
Uno murió de fiebre;
otro se quemó en una mina;
aquel murió en una reyerta;
ese murió en una cárcel;
este cayó de un puente mientras trabajaba
para sus hijos y para su esposa.
Todos, todos están durmiendo, durmiendo,
durmiendo en la colina.
¿Dónde están Ella, Kate, Mag, Lizzie y Edith,
la delicada, la de alma sencilla, la bulliciosa,
la orgullosa, la alegre?
Todas, todas están durmiendo en la colina.
Una murió de un parto vergonzoso;
otra, por un amor frustrado;
aquella, a manos de un bruto en un burdel;
esta, herida de orgullo mientras buscaba
el anhelo de su corazón;
esa, después de haber vivido lejos, en Londres y París,
fue atraída a su terruño por Ella, Kate y Mag.
Todas, todas están durmiendo, durmiendo en la colina.
¿Dónde están el tío Isaac y la tía Emily,
el viejo Towny Kincaid y Sevigne Houghton,

y el comandante Walker, que habló con
los venerables hombres de la Revolución?
Todos, todos están durmiendo en la colina.
–Les trajeron de la guerra a sus hijos muertos,
y sus hijas arruinaron sus vidas,
y sus niños quedaron huérfanos, sollozantes.
Todos, todos están durmiendo, durmiendo
durmiendo en la colina.
¿Dónde está el viejo violinista Jones
quien jugueteó con su vida durante noventa años
desafiando la nieve con el pecho desnudo, tomando,
pendenciando, sin pensar en la esposa ni en la familia,
ni en el dinero, ni en el amor, ni en el cielo?
–¡Aquí!– murmura el viejo,
hablando de las fiestas de antaño,
de las remotas carreras de caballos en la
arboleda de Clary, de lo que Abraham Lincoln dijo
una vez en Springfield.

HOD PUTT

Aquí yazgo junto a la tumba
del viejo Bill Piersol,
quien se enriqueció comerciando con los indios
y luego tuvo éxito con la ley de bancarrota
y resultó más rico que nunca.
Yo me cansé del trabajo y de la pobreza
y viendo cómo el viejo Bill y otros
se enriquecieron,
una noche asalté un viajero
cerca del bosquecillo de Proctor,
matándolo sin querer en el acto,
por lo que fui procesado y ahorcado.
Esa fue mi manera de caer en bancarrota.
Ahora, los dos, que asumimos de diferente forma
la ley de bancarrota,
pacíficamente dormimos, uno al lado del otro.

OLLIE McGEE

¿Han visto caminar por el pueblo
a un hombre de ojos bajos y rostro extraviado?
Ese es mi esposo, quien por una secreta crueldad
que nunca se ha revelado,
me robó juventud y belleza;
hasta que por fin, arrugada y con los dientes amarillos,
el orgullo herido y en vergonzosa humildad,
descendí a la tumba.
Pero, ¿imaginan qué roe el corazón de mi esposo?
El semblante que yo tenía, el aspecto que él hizo de mí.
Por lo tanto, muerta, estoy vengada.

FLETCHER McGEE

Ella me quitaba mis fuerzas a cada instante,
se arraigaba a mi vida momento a momento,
me agotaba como una luna febril debilita
al mundo que gira a su alrededor.
Los días transcurrían como sombras,
los instantes revoloteaban como estrellas.
Tomó las penas de mi corazón
y las volvió sonrisas.
Fue la arcilla del escultor
y mis secretos pensamientos fueron los dedos
que volaron tras su rostro pensativo
y lo llenaron de dolor sellándole los labios,
hundiéndole las mejillas y
haciéndole bajar su mirada triste.
Mi espíritu había entrado en la arcilla
luchando despiadado; no me pertenecía,
tampoco era de ella, sin embargo lo tomó,
pero sus esfuerzos le moldearon un rostro que odió
y al que yo temía mirar.
Me liberé de los pestillos, abrí las ventanas
y me hundí en un rincón.
Luego de que muriera, me atormentó
y me persiguió durante toda mi vida.

ROBERT FULTON TANNER

Si un hombre pudiera morder la gigantesca mano
que lo apresa y lo aniquila
–como fui mordido por una rata un día
en mi ferretería, mientras demostraba cómo
funcionaba mi ratonera patentada–
pero un hombre nunca puede vengarse
del monstruoso ogro de la Vida.
Entras a la habitación –es decir, naces;
y luego debes vivir –encontrarte a ti mismo.
¡Ajá ! la carnada que ansías está a la vista:
una mujer adinerada con la que anhelas casarte;
prestigio, posición y poder en la vida.
Pero hay que trabajar y vencer dificultades.
¡Ah sí ! los hilos que aseguran la carnada.
Al fin entras, pero escuchas pasos:
el ogro, la Vida, entra a la habitación
(estaba esperando y escuchó el sonido del pestillo)
para verte picar el enorme queso;
te mira fijamente con sus ojos centelleantes,
te aterroriza, se ríe de ti, se burla y te maldice
mientras recorres la ratonera de arriba a abajo
hasta que tu propia desgracia te destroce.

CASSIUS HUEFFER

Han grabado en mi lápida las palabras:
«Su vida fue mesurada y los elementos
tan solidarios con él, que la naturaleza
podría levantarse y decirle a todo el mundo:
Este fue un hombre».*
Aquellos que me conocieron
sonríen cuando leen esta retórica vacía.
Mi epitafio debería decir:
«La vida no le fue bondadosa y los elementos
lo comprometieron tanto, que tuvo que enfrentarse
a ella de tal forma que fue asesinado».
Mientras viví, no pude
con las lenguas difamadoras;
ahora que estoy muerto, debo resignarme
a un epitafio grabado por un imbécil.

* Shakespeare, William, en: *Julio César.* Último Acto: Expresión de Marco Antonio refiriéndose a Bruto.

SEREPTA MASON

La flor de mi juventud
pudo haberse abierto completamente
si no hubiese sido por un viento implacable
que atrofió los pétalos
que de mí pudieron apreciar en el pueblo.
Desde mis cenizas levanto una voz de protesta:
¡Nunca vieron mi lado florecido!
Los vivos, en realidad son unos tontos,
no saben que así es el viento
y las fuerzas invisibles
que gobiernan los cursos de la vida.

AMANDA BARKER

Henry me dejó embarazada
sabiendo que yo no podría engendrar una vida
sin perder la mía.
Por lo tanto, en plena juventud,
crucé las puertas de la muerte.
Viajero, en el pueblo donde viví,
se supone que Henry me amó como buen esposo,
pero yo declaro desde las cenizas
que él me asesinó para satisfacer su odio.

CONSTANCE HATELY

Elogias mi sacrificio, Spoon River,
por criar a Irene y a Mary,
huérfanas de mi hermana mayor.
Y censuras a Irene y a Mary
porque me despreciaron.
Pero no elogien mi sacrificio
ni censuren su desprecio;
yo las crié, las cuidé, es verdad,
pero envenené mis actos
con mis constantes reproches
por su dependencia.

CHASE HENRY

En vida, fui el borracho del pueblo;
cuando morí, el sacerdote me negó sepultura
en camposanto,
lo que contribuyó a mi buena fortuna,
pues los protestantes compraron este lote
y sepultaron mis despojos aquí,
junto a la tumba del banquero Nicolás
y su esposa Priscilla.
Presten atención, almas prudentes y piadosas,
a las paradojas de la vida,
que se ocupan de honrar en la muerte
a quienes vivieron en la deshonra.

HARRY CAREY GOODHUE

Nunca se asombraron, imbéciles de Spoon River,
cuando Chase Henry votó contra las tabernas
para vengarse por haber sido ignorado.
Pero ninguno de ustedes fue tan astuto como
para seguir mis pasos, o para seguirme
como al hermano espiritual de Chase.
¿Recuerdan cuando impugné a la banca
y a los pillos de la Corte
por apropiarse de los intereses de los fondos públicos?
¿Y cuando les hice frente a nuestros ciudadanos dirigentes
por convertir a los pobres en las bestias de carga
de los impuestos?
¿Y cuando combatí al acueducto por apropiarse
de las calles y elevar los impuestos ?
¿O cuando me enfrenté a los comerciantes
que me atacaban por mis protestas?
Así que se acuerdan...
cuando tambaleándome al final de mi derrota
y del curso arruinado de mi vida,
deslicé bajo mi capa mi último ideal
oculto hasta entonces a los ojos de todos
-como la preciada quijada de asno esgrimida por Sansón-
y aplasté a la banca y al acueducto,
y a los comerciantes prohibicionistas,
e hice que Spoon River pagara el costo
de las luchas que yo había perdido.

EL JUEZ SOMERS

¿Cómo ha pasado, díganme,
yo que fui el más erudito de los abogados,
que me sabía casi de memoria a Backstone y a Coke,
que pronuncié el más admirado discurso
que se haya escuchado en la Corte, y redacté
un expediente que ganó los elogios del Procurador Breese.
Cómo ha pasado, díganme,
que yazca aquí, sin nombre, olvidado,
mientras Chase Henry, el borracho del pueblo,
tiene una base de mármol coronada por una urna,
en la que, irónicamente, la naturaleza
ha brotado sus hierbas florecidas?

KINSEY KEENE

Su atención, Thomas Rhodes, presidente del banco;
Coolbaugh Whedom, editor del Argos;
Reverendo Preet, pastor de la iglesia principal;
A.D. Blood, varias veces alcalde de Spoon River;
y finalmente todos ustedes, miembros de la
Sociedad de las Buenas Costumbres.
Su atención a las moribundas palabras de Cambronne
de pie con los heroicos sobrevivientes del ejército
de Napoleón, en el Monte San Juan, campo de batalla
de Waterloo, cuando Maitland, el inglés, le dijo:
«¡Ríndanse, valientes franceses!»
Allí, al atardecer, con la batalla perdida y sin esperanzas,
hordas de hombres que ya no eran el ejército del gran
Napoleón, huían del campo como desechos jirones
de estruendosas nubes entre la tormenta.
Bien, lo que Cambronne le dijo a Maitland
antes de que el fuego inglés arrasara la cima de la colina
contra la débil luz del día,
eso les digo, y a todos ustedes,
y a ti, Oh universo.
Y los exhorto a que lo graben
sobre mi lápida.

BENJAMIN PANTIER

Juntos en esta tumba, yacen Benjamin Pantier, abogado,
y su perro Nig, fiel compañero, consuelo y amigo.
Al bajar por el triste sendero, amigos, niños,
hombres y mujeres, abandonaron uno a uno la vida,
hasta dejarme solo con Nig como compañero,
cónyuge, camarada de tragos.
Al comienzo de la vida conocí ambición y fama;
luego ella, que me sobrevive, atrapó mi espíritu
con una trampa que me desangró hasta morir,
hasta que yo, antes ilusionado, quedé destrozado,
indiferente, viviendo con Nig
en el fondo de un sórdido despacho
–bajo mi quijada, se acomoda el hocico de Nig–
Nuestra historia se pierde en el silencio.
¡Sigue tu camino, mundo insensato!

LA SEÑORA DE BENJAMIN PANTIER

Sé que él afirmaba que fui yo quien derrumbó su alma
mediante una celada que lo desangró hasta morir.
Todos los hombres lo apreciaban,
y la mayoría de las mujeres se compadecían de él.
Pero imagina que en verdad eres una dama
y tienes gustos refinados
y aborreces el olor del whisky y de las cebollas.
Y la poesía de Wordsworth
se desliza en tus oídos,
mientras él va de un sitio a otro,
durante todo el santo día,
repitiendo trozos de eso tan aburrido como:
«Oh, por qué debería enorgullecerse el espíritu
de los mortales?
Y además, considera:
tú eres una mujer bien dotada,
y el único hombre con el que la Ley y la moral
te permiten tener relación marital,
es el mismo que te repugna;
siempre piensas en eso –¿y mientras lo piensas
tienes que aceptarlo continuamente?
Por eso fue que lo eché de casa
para que viviese con su perro
en un cuarto sórdido al fondo de su despacho.

REUBEN PANTIER

Bien, Emily Sparks, tus oraciones
y tu amor no fueron del todo en vano.
Debo todo lo que fui en vida
a tu esperanza que no renunció a mí,
a tu amor, que me conoció tan apacible como bueno.
Querida Emily Sparks, permíteme contarte la historia:
Me alejé de mis padres,
la hija del sombrerero me metió en problemas
y me fui por el mundo
donde pasé por todos los peligros conocidos,
licor, mujeres, placeres de la vida.
Una noche, en una habitación de la Calle Rivoli,
me encontraba tomando con una prostituta de ojos negros
cuando las lágrimas anegaron mis ojos;
ella creyó que mis lágrimas eran de amor,
e imaginando haberme conquistado, sonreía.
Pero mi espíritu estaba a tres mil millas
embelesado en los días cuando tú me dabas clases
en Spoon River.
Y sencillamente porque no pudiste amarme más,
ni orar por mí, ni escribirme más cartas,
en su lugar, se instaló tu silencio eterno.
Y la prostituta de ojos negros asumió mis lágrimas para ella,
tanto como los engañosos besos que le daba.
Por algún motivo, desde ese instante, tuve una nueva visión:
¡Querida Emily Sparks!

EMILY SPARKS

¿Dónde está mi muchacho, mi muchacho,
en qué recóndito lugar del mundo?
El muchacho que más amé en mi escuela.
Yo, la profesora, la solterona, la de virginal corazón,
la que hice de todos ellos mis hijos.
¿Conocí realmente a mi muchacho
creyéndolo siempre de espíritu encendido,
ctivo y ambicioso?
)h muchacho, muchacho, por quien oré y oré
en muchas noches de desvelo.
¿Recuerdas la carta que te escribí hablándote
sobre el precioso amor de Cristo?
Sea que la hayas recibido o no
muchacho mío, dondequiera que te encuentres,
lucha por amor a tu alma,
que todo tu lodo, que toda tu escoria
pueda rendirse a tu fuego,
hasta que el fuego no sea sino un brillo...
nada más que un brillo.

TRAINOR, EL FARMACEUTA

Solo el farmaceuta puede saber,
y no siempre,
lo que resulta al mezclar
líquidos y sólidos.
¿Y quién puede saber
cómo actuarán entre sí hombres y mujeres,
o qué niños vendrán de su unión?
Existió un Benjamín Pantier y su esposa,
buenos en sí mismos, pero perversos uno al otro:
él, oxígeno; ella, hidrógeno;
y su hijo, un fuego devastador.
Yo, Trainor, el farmaceuta,
conocedor de sustancias químicas,
acabé conmigo mientras hacía un experimento;
y aún era soltero.

DAISY FRASER

¿Alguna vez oyó decir que el Editorialista Whedon
le diera al Erario algo del dinero que recibía
por apoyar candidatos para cargos públicos?
¿O por escribir artículos sobre la industria
de enlatados para convencer a la gente
para que invirtiera en ella?
¿O por ocultar información sobre el banco
cuando ya olía a podrido y estaba a punto de quebrar?
¿Alguna vez oyó decir que el Juez del Circuito
ayudó a alguien diferente al Ferrocarril «Q»
o a los banqueros? ¿O los reverendos Peet y
Sibley donaron alguna parte de su salario, ganado
por callarse o por hablar, tal como los dirigentes
se lo imponían, por la construcción del acueducto?
Pero yo, Daisy Fraser, que siempre anduve
por las calles entre murmullos de saludos y sonrisas,
carraspeos y expresiones como «¡Ahí va!»
nunca comparecí ante el Juez Arnett
sin antes tener que contribuir con diez dólares
y costear así los fondos de la escuela de Spoon River.

BENJAMIN FRASER

Sus espíritus batían sobre el mío
como las alas de mil mariposas.
Cerré mis ojos y percibí sus almas vibrantes.
Cerré mis ojos, y aún así, vi cuando sus pestañas
adornaron sus mejillas bajo sus ojos gachos
en el momento en que giraron sus cabezas;
y también, cuando sus vestimentas ciñeron sus cuerpos
y caían de ellos en delicados drapeados.
Sus espíritus contemplaron mi éxtasis
con vastas miradas de esplendente tranquilidad,
consideraron mi tormento
y lo bebieron como si fuese la fuente de la vida;
con las mejillas encendidas y los ojos iluminados
la flameante llama de mi alma
hizo que sus espíritus se sintiesen culpables,
como las alas de una mariposa
arrastradas súbitamente hacia la luz del sol.
Y me clamaron vida, vida, vida.
Pero al tomar la vida para mí,
al asir y apretar sus almas
al igual que un niño exprime uvas y bebe
de las palmas de su mano el zumo púrpura
volví a este desalado vacío,
donde no se conoce ni la sangre ni el oro,
ni el vino, ni el ritmo de la vida.

MINERVA JONES

Yo soy Minerva, la poetisa del pueblo,
abucheada y burlada por los patanes de la calle
debido a mi pesado cuerpo, mi mirada bizca
y mi divertido caminar,
y más aún cuando Butch Weldy me violó
después de una cruel persecución
abandonándome a mi suerte
en manos del doctor Meyers.
Así me sumí en la muerte,
petrificándome de pies a cabeza,
como cuando se baja por una escalinata
que desciende y desciende
dentro de un torrente de escarcha.
¿Alguien irá al periódico del pueblo
y recopilará en un libro los poemas que escribí?
¡De esta manera clamo amor!
¡De esta manera imploro vida!

«INDIGNATION» JONES

Ni se lo imaginan, ¿verdad?
que yo provenía de una buena familia galesa,
que era de mejor sangre que la gentuza blanca de aquí
y de linaje más directo que los nuevos ingleses y
virginianos de Spoon River.
Ni creerían que estudié
y leí algunos libros.
Ustedes solo me vieron como un hombre ruinoso,
de barba y cabellos enmarañados
y de vestimentas andrajosas.
Algunas veces la vida de un hombre se vuelve un cáncer
al ser herido una y otra vez
hasta convertirse en una nudosa masa violácea
como las que le crecen a la caña del maíz.
Ese era yo, un carpintero, atascado en el cagadero de la vida,
por el que caminaba, creyendo que lo hacía por una pradera,
con una mujer desaseada como esposa,
y con la pobre Minerva, mi hija,
a quien ustedes atormentaron hasta arrastrarla a la muerte.
Por eso, como un caracol, me arrastré y me arrastré
a lo largo de los días de mi vida.
Ya no escucharán más el resonar de mis pasos mañaneros
sobre la acera llena de huecos
cuando iba a la tienda de víveres por un poco de harina
o por un miserable tocino de cinco centavos.

EL DOCTOR MEYERS

Ningún otro hombre, excepto el Doctor Hill,
hizo más por la gente de este pueblo que yo.
Todos los débiles, los lisiados, los arruinados
y aquellos que no podían pagar, acudían a mí.
Fui el bueno y el tolerante Doctor Meyers.
Saludable, feliz, afortunado,
unido a una compañera compatible;
mis hijos crecieron y todos se casaron muy bien.
Hasta que una noche, Minerva, la poetisa,
acudió embarazada a mí, llorando.
Intenté ayudarla, pero murió.
Todos me acusaron, los periódicos me deshonraron,
mi esposa pereció con el corazón deshecho
y una neumonía acabó conmigo.

LA SEÑORA MEYERS

Durante toda su vida objetó que
los periódicos mentían infamemente de él;
decía que no tuvo la culpa de la muerte de Minerva,
sino que solo trató de ayudarla.
Pobre criatura, tan perdido en el pecado
que incluso no pudo ver,
al tratar de ayudarla, como solía decir,
las leyes divinas y humanas que quebrantó.
Transeúntes, un antiguo consejo para ustedes:
«Si sus caminos fuesen caminos agradables
y todas sus veredas remanso de paz»*,
amen a Dios y guarden sus mandamientos.

* Proverbios, 3:17.

BUTCH WELDY

Después de abrazar su religión y establecerme
me dieron trabajo en la fábrica de enlatados,
y todas las mañanas tenía que llenar de gasolina
el depósito del patio que abastecía los hornos
que recalentaban los barrotes de soldadura.
Y para hacerlo me subía a una escalera desvencijada
cargando cubos llenos de combustible.
Una mañana, mientras estaba allí vertiendo el líquido,
me faltó el aire y empecé a sentir náuseas;
salí volando cuando el tanque explotó
y al caer me partí las piernas
y mis ojos se quemaron como un par de huevos refritos.
Pues alguien había dejado abierto un horno
y esto atrajo la llama hacia el depósito.
El Juez de Circuito dijo que quien lo había hecho
había sido un obrero compañero mío, y por lo tanto
el hijo del viejo Rhodes no tenía por qué indemnizarme.
Me senté en el banco de los testigos, tan ciego
como Jack el violinista, repitiendo una y otra vez:
¡No conozco al tal compañero mío!

KNOWLT HOHEIMER

Fui de los primeros caídos en la batalla
de la Colina del Misionero;
cuando sentí la bala buscando mi corazón
anhelé haber estado en casa y haber ido a prisión
por haberme robado los cerdos de Curl Trenary,
en lugar de haber huido y haberme enlistado
en el ejército.
Mil veces mejor la celda del condado
antes que yacer bajo esta alada estatua de mármol
y este pedestal de granito
que lleva las palabras «Pro Patria».
Después de todo, ¿qué significan?

LYDIA PUCKETT

Knowlt Hoheimer huyó a la guerra
un día antes de que Curl Trenary
lo acusara ante el Juez Arnett
por el robo de sus cerdos.
Pero esa no fue la razón
por la que se enlistó como soldado.
El me sorprendió saliendo con Lucius Atherton.
Discutimos, y yo le pedí que nunca más
se cruzara en mi vida.
Luego se robó los cerdos y huyó a la guerra.
Detrás de cada soldado hay una mujer.

FRANK DRUMMER

Confinado en una prisión, en este lugar oscuro,
¡el acabóse a los veinticinco!
Mi lengua no pudo pronunciar
lo que bullía dentro de mí,
y el pueblo me creyó un tonto.
Sin embargo, al principio tuve una visión clara,
una determinación elevada y apremiante
dentro de mi alma
que me llevó a tratar de memorizar
¡la Enciclopedia Británica!

HARE DRUMMER

¿Aún van los muchachos y las muchachas donde Siever
a tomar sidra después de clases a finales de septiembre?
¿O a recoger avellanas en el bosquecillo de la hacienda de
Aaron Hatfield cuando empiezan las nevadas?
Muchas veces jugué con los alborozados muchachos
por caminos y colinas, cuando el sol caía
y el aire se tornaba fresco,
deteniéndonos a darle ramazones al nogal
que se erguía deshojado contra el llameante ocaso.
Ahora, el aroma del vapor otoñal, de las bellotas caídas
y los ecos que recorren los valles, me traen sueños dorados,
se ciernen sobre mí, y me preguntan:
¿Dónde están esos alegres compañeros?
¿Cuántos están conmigo, cuántos en los añejos frutales
camino a Siever, cuántos en el bosque que vigila
las tranquilas aguas?

CONRAD SIEVER

No fue en ese jardín yermo,
donde yacen los cuerpos bajo yerbas
que no alimentan rebaños, y entre árboles
siempre verdes que no producen frutos-
allí, donde por sombríos senderos
se escuchan gemidos vanos
y se sueñan ilusiones aún más vanas
en íntima comunión con las almas muertas–
Fue aquí, bajo el manzano,
donde amé, donde cuidé
y podé con mis nudosas manos
durante muchos, muchos años;
aquí, bajo las raíces de este manzano invernal
que elabora el cambio sustancial
y culmina el círculo de la vida,
fue aquí, bajo tierra, en la profunda esencia
del árbol y al interior de vívidos epitafios
de manzanas mucho más provocativas.

EL DOCTOR HILL

Siempre anduve por las calles,
de aquí para allá, durante todo el día
o a cualquier hora de la noche,
cuidando de los pobres que enfermaban.
¿Y saben por qué?
Mi esposa me odiaba,
mi hijo se echó a perder.
Y yo me refugié en la gente
vertiendo en ellos todo mi amor.
Fue agradable ver la muchedumbre
sobre el césped el día de mi funeral,
y oírlos susurrar su afecto y su dolor.
Pero, Oh Dios mío, mi alma se estremeció
y apenas pude sostenerme de los asideros
de mi nueva vida, cuando vi a Em Stanton,
mi esposa, tras el roble de su tumba
intentando ocultar su aflicción.

ANDY, EL VIGILANTE

Con mi capa, mi viejo sombrero
y mis botas de fieltro;
con Tyke, mi perro fiel,
y mi nudoso bastón de nogal,
solía escurrirme sigiloso con mi linterna,
de puerta en puerta y de cuadra en cuadra,
al igual que las estrellas
iban recorriendo la alta noche;
y mientras la campana de la iglesia susurraba
al paso del viento, resonaban los fatigados pasos
del doctor Hill como si caminase dormido
y a la lejanía se oía el cantar de los gallos.
Por ahora otro está cuidando de Spoon River,
como lo hicieron otros antes de mí,
pues yazco aquí, junto al doctor Hill,
en este lugar por donde ni pasa ni roba nadie,
y en donde no se necesitan miradas que vigilen nada.

SARAH BROWN

Mauricio, no llores,
en realidad no yazco aquí bajo este pino.
La fragante brisa primaveral
susurra entre la hierba fresca,
brillan las estrellas, el pajarillo canta,
pero vos, sois el más afligido,
mientras mi alma reposa extasiada
en el bienaventurado Nirvana de eterna luz.
Ve donde el hombre de buen corazón
que es mi esposo, quien aún porfía
en declarar culpable nuestro amor:
dile a él que mi amor por ti,
no menos que mi amor por él,
labró mi destino–
que a través de la carne gané en espíritu,
y a través del espíritu, paz.
«No hay casamientos en el cielo»*,
pero sí hay amor.

* Mateo 22,3

PERCY BYSSHE SHELLEY

Mi padre, quien era el dueño del almacén de coches,
y se enriqueció herrando caballos,
me envió a estudiar a la Universidad de Montreal.
Allí no aprendí nada, regresé a casa
y me dediqué a vagar por los campos con Bert Kessler,
y a cazar codornices y palomas.
En el Lago Thompson el gatillo de mi escopeta
se enganchó al borde del bote
y un disparo atravesó mi corazón.
Sobre mi cadáver, mi afectuoso padre hizo levantar
este mausoleo de mármol, sobre el cual se erige
la figura de una mujer esculpida por un artista italiano.
Dicen que mis cenizas fueron esparcidas
junto a la pirámide de Cayo Graco
en algún lugar cercano a Roma.

FLOSSIE CABANIS

Del Teatro Municipal de Ópera Bindley
a Broadway, hay un gran paso.
Aún así intenté darlo, pues mi ambición
se enardeció a mis dieciséis años
cuando presencié la obra «East Lynne»,
puesta en escena en mi pueblo por Ralph Barret,
el prometedor actor romántico que cautivó mi espíritu.
En verdad, regresé a casa arrastrando un fracaso incierto
después de que Ralph desapareció en Nueva York
abandonándome en la ciudad–
pero la vida también lo derrotó a él.
Afortunadamente, por ningún lado
de este silencioso lugar existen almas similares.
Cómo desearía que Duse pudiese caminar
entre el patetismo de estos campos serenos
y pudiera leer estas palabras.

JULIA MILLER

Aquella mañana discutimos
a causa de mi embarazo,
pues él tenía sesenta y cinco años, yo treinta,
y tenía miedo por el nacimiento del bebé.
Examiné detenidamente la última carta
que me escribió aquel hombre joven
que me abandonó
y cuyo engaño traté de encubrir
casándome con un viejo.
Luego ingerí la morfina y me senté a leer.
En la oscuridad que iba cubriendo mi visión,
presencié, incluso aún lo veo,
el oscilante resplandor de estas palabras:
«Y Jesús le dijo: en verdad te digo
que hoy estarás conmigo en el paraíso».*

* Lucas, 23:43.

JOHNNIE SAYRE

Señor, no puedes ni imaginar
el dolor que remordió mi corazón
debido a mi desobediencia,
en el momento en que sentí la despiadada rueda
de la locomotora hendiendo las desesperadas
carnes de mi pierna.
Cuando me llevaban a la casa de la viuda Morris
pude apreciar la escuela en el valle
de la que solía escaparme
para montar a escondidas en los trenes.
Oré por mi vida hasta que pudiera obtener tu perdón-
¡Y luego vinieron tus lágrimas,
tus entrecortadas palabras de alivio!
Desde ese instante de consuelo
he recibido infinita felicidad.
Fuiste sabio al esculpir para mí la frase:
«Rescatado de la desgracia para que existiese».

THEODORE, EL POETA

Cuando eras chico, Theodore, te sentabas
por muchas horas a la orilla del turbio río de Spoon
con la mirada penetrante y fija en la entrada
de la cueva del cangrejo,
esperando a que apareciera y avanzara,
primero sus antenas ondulantes, como pajas,
y luego su cuerpo grisáceo
adornado con ojos azabaches.
Y te preguntabas, ensimismado,
lo que él pudiera saber o desear, y por qué existía.
Pero más tarde su sueño se posó en los hombres
y en las mujeres que se escondían entre las madrigueras
del destino de las grandes ciudades,
esperando a que sus almas se descubrieran
de manera que pudieras ver cómo y para qué vivían,
y por qué se arrastraban tan afanosamente
a lo largo de la senda arenosa donde el agua se rezuma
de la misma forma que el verano languidece.

EL JEFE DE POLICÍA

Los Prohibicionistas me nombraron Jefe de Policía
cuando fueron prohibidas las tabernas,
porque cuando yo era un bebedor,
antes de ingresar a la iglesia, maté un sueco
en el aserradero, cerca de Maple Grove.
Y ellos buscaban a un hombre despiadado,
inflexible, honrado, enérgico, valiente,
y perseguidor de los bares y de los bebedores,
para mantener la ley y el orden en el pueblo.
Y me obsequiaron un resistente bastón
con el que golpeé a Jack McGuire
antes de que él sacase el revólver con el que me mató.
Los Prohibicionistas gastaron su dinero en vano
al colgarlo, pues en un sueño
me le aparecí a uno de los doce jurados
y le conté toda la historia secreta.
Catorce años fueron lo suficiente para matarme.

JACK McGUIRE

Hubieran podido lincharme
si no me hubieran llevado rápidamente en secreto
a la cárcel de Peoria.
Sucedió que yo iba tranquilamente a casa,
con mi botella, medio borracho,
cuando Logan, el jefe de policía, me detuvo,
me llamó perro borracho y me zarandeó,
y cuando lo maldije, me golpeó
con su rígido bastón prohibicionista-
todo esto antes de que yo le disparara.
Pudieron haberme colgado a no ser por esto:
mi abogado, Kinsey Keene,
estaba ayudándole a Thomas Rhodes
a salvarlo de la quiebra del banco,
y el juez era amigo de Rhodes,
y quería que él se salvara,
y Kinsey le ofreció entregarme a Rhodes
durante catorce años.
Y se hizo el trato. Y yo cumplí mi condena
y aprendí a leer y a escribir.

DORCAS GUSTINE

No fui querido por mis paisanos,
todo, porque yo decía lo que pensaba
y me enfrentaba abiertamente
a aquellos que me atacaban
sin ocultar ni alimentar pesares o resentimientos.
Es ampliamente elogiado
el suceso aquel del joven espartano
que ocultó al lobo bajo su capa
dejándose devorar sin queja alguna.
Es más valiente, creo yo, intentar agarrar al lobo
y combatirlo abiertamente, incluso en público,
entre polvo y aullidos de dolor.
La lengua puede ser un miembro ingobernable
pero el silencio envenena el espíritu.
Repréndame quien quiera, yo estoy satisfecho.

JACOB GOODPASTURE

Cuando el Fuerte Sumter cayó y sobrevino la guerra
exclamé con sinceridad amargamente:
«¡Oh, no más gloriosa república!»
Cuando enterraron a mi hijo soldado
al sonido de trompetas y tambores
mi corazón se doblegó bajo el peso
de mis ochenta años, y exclamé:
«¡Oh mi hijo, que murió por una causa injusta
en la lucha por una libertad ilusoria!»
Y me deslicé hasta aquí, bajo la yerba.
Y ahora desde las almenas del tiempo, les advierto:
Noventa millones de almas se confinan
en la pasión de una verdad más espléndida
absortas en la esperanza del nacimiento
a una nueva Belleza,
surgida de la Hermandad y de la Sabiduría.
Y con los ojos del espíritu veo la Transfiguración
antes de que ustedes la puedan ver.
Pero vos, progenie infinita de águilas doradas que anidan
y sobrevuelan en lo más alto,
donde la iuz solar engalana nobles lugares del pensamiento,
olvidáis la ceguera de la cría que ha muerto.

HAROLD ARNETT

Me apoyé en la repisa de la chimenea, enfermo,
muy enfermo,
pensando en mi fracaso, observando el abismo,
y debilitado por el calor del mediodía.
A lo lejos, sonaba tristemente la campana de la iglesia,
el llanto de un niño, y la tos de John Yarnell,
postrado en cama, con fiebre, mucha fiebre, de muerte,
cuando sonó el vozarrón de mi esposa:
¡Cuidado, las papas están hirviendo!»
Las olí, y sentí una repugnancia irresistible.
Tiré del gatillo... la oscuridad...la luz...
un arrepentimiento inexpresable...
buscando a tientas de nuevo la vida.
¡Demasiado tarde! Por eso llegué aquí,
y a pesar de los pulmones para respirar...
no se respira con ellos aquí,
sin embargo, uno debe vivir...
¿Para qué librarse del mundo,
cuando ningún alma puede escapar nunca
del destino eterno de la vida?

MARGARET FULLER SLACK

Pude haber sido tan famosa como George Eliot
a no ser por un destino adverso,
al posar para la fotografía que me tomó Penniwit,
con el mentón apoyado en la mano, los ojos hundidos
–demasiado tristes– distantes y penetrantes.
Pero existía el problema de siempre:
¿Me mantendría soltera, me casaría
o sería una mujer impura?
Luego John Slack, el rico farmaceuta, me cortejó,
convenciéndome bajo la promesa
de dejarme tiempo libre para escribir mi novela,
y me casé con él, dándole ocho hijos,
y nunca tuve tiempo para escribir.
De todos modos, todo acabó para mí
cuando me clavé una aguja en la mano
mientras lavaba la ropa de los bebés,
y fallecí de tétanos, una muerte irónica.
Escúchenme, almas ambiciosas,
¡El sexo es la maldición de la vida!

EL DOCTOR SIEGFRIED ISEMAN

Cuando me entregaron mi diploma expresé,
me dije a mí mismo que sería competente,
prudente, emprendedor y servicial con los demás;
dije que con la medicina pondría en práctica
mis creencias cristianas.
No sé por qué la gente y los demás médicos
reconocen lo que alberga tu corazón
cuando asumes este tipo de resolución altamente espiritual.
Y por la manera como obran, te hacen claudicar de hambre.
Nadie acude a ti, excepto los pobres.
Y te das cuenta demasiado tarde que ser médico
solo es una manera más de ganarse la vida.
Y cuando eres pobre y tienes que practicar las creencias
cristianas, mantener a la esposa y a los hijos,
todo sobre tus hombros, ¡es demasiado!
Por eso fue que preparé el Elíxir de la Eterna Juventud,
lo que me llevó directo a la cárcel de Peoria,
tildado de estafador y ladrón
por el estricto Juez Federal.

«ACE» SHOW

Nunca vi diferencia alguna
entre apostar dinero a las cartas
o vender bienes raíces,
ejerciendo la ley, la banca o cualquier otra cosa tal.
Para todo existe una oportunidad.
Más aún,
«¿Has visto hombre cuidadoso en su trabajo?
¡Delante de los reyes estará!»*

* Proverbios 22:29.

LOIS SPEARS

Aquí yace el cuerpo de Lois Spears,
nacida de Lois Fluke, hija de Willard Fluke,
esposa de Cyrus Spears,
madre de Myrtle y de Virgil Spears,
–niños de ojos claros y miembros sanos–
(Yo nací ciega).
Y era la más feliz de las mujeres
como esposa, madre y ama de casa,
cuidando de mis seres queridos
y haciendo de mi hogar
un lugar de orden y generosa hospitalidad:
pues me ocupaba de las habitaciones
y del jardín
con un instinto tan seguro como claro,
como si tuviera ojos en las puntas de mis dedos-
Gloria a Dios en las alturas.

EL JUEZ ARNETT

Es verdad, queridos ciudadanos,
que mi vieja agenda de sumarios
que ha permanecido allí durante años
sobre un estante ubicado sobre mi cabeza y
sobre el asiento de la justicia, digo que es verdad,
que esa agenda tenía una montura de hierro con la
que me golpeaba la cabeza cuando me sentía flaquear
(por alguna razón creo que se desencuadernó
con la agitación del aire que se batió sobre el pueblo
cuando explotó el tanque de gasolina de la fábrica
de enlatados y quemó a Butch Weldy).
Pero argumentemos en orden
y razonemos todo el caso cuidadosamente:
primero, reconozco que me abrí la cabeza
y luego sucedió algo espantoso:
las hojas de la agenda se soltaron y se desparramaron
a mi alrededor como un juego de naipes
en las manos de un diestro barajador.
Y de principio a fin yo vi esas hojas,
¿Por qué no pueden ver ustedes que estas
son los días, los días, y los días de setenta años?
¿Y por qué me torturan
con esas hojas y sus anotaciones?

ANER CLUTE

Una y otra vez solían preguntarme
mientras me brindaban vino o cerveza,
primero en Peoria, y luego en Chicago,
Denver, Frisco, Nueva York, o en todos
los sitios donde viví,
cómo fue que caí en esta clase de vida
y cuál fue su comienzo.
Bien, yo les señalaba un vestido de seda
y una promesa de matrimonio de un hombre rico
–Lucius Atherton– Pero eso no era del todo verdad.
Supongan que un muchacho roba una manzana
de la bandeja de una tienda,
y todos comienzan a llamarlo ladrón,
el periodista, el sacerdote, el juez y toda la gente.
«Ladrón» «Ladrón» «Ladrón»,
por dondequiera que vaya.
Y no pueda conseguir trabajo ni proporcionarse
alimento sin robarlo; pues bien, el muchacho robará.
La forma como la gente juzga el robo de la manzana,
es lo que hace al muchacho ser lo que es.

EL DIÁCONO TAYLOR

Pertenezco a la iglesia
y al partido Prohibicionista;
y los pobladores siguen creyendo que morí
al comerme una sandía.
En verdad, yo tenía una cirrosis,
porque cada mediodía y durante treinta años,
me deslizaba tras el mostrador
de la droguería de Trainor
y me tomaba un gran trago
de esa botella rotulada con el nombre de
«Alcohol de cereales».

SAM HOOKEY

Huí de casa con el circo
al haberme enamorado de la señorita Estralada,
la domadora de leones.
Una vez, que los leones no habían comido
durante más de un día,
entré a la jaula y empecé a fastidiar a Brutus,
a Leo y a Gipsy.
Por lo que Brutus se abalanzó sobre mí,
me destrozó y me mató.
Al entrar en estas regiones
me encontré con un fantasma que me maldijo,
y me gritó «¡Bien merecido lo tienes!»
¡Era Robespierre!

COONEY POTTER

De mi padre heredé cuarenta acres
y, haciendo trabajar de sol a sol
a mi esposa, a mis dos hijos y
a mis dos hijas, logré conseguir mil acres.
Pero no contento con eso, y deseando
ser el dueño de dos mil acres,
trabajé muchos años con el hacha y el arado,
sudando, renegando de mí mismo, de mi mujer,
de mis hijos y de mis hijas.
El hacendado Higbee se equivoca
cuando afirma que morí de tanto fumar.
Consumir solo pastelillos picantes y sorbos de café
durante las calurosas horas de la cosecha,
me trajeron aquí antes de mis sesenta años.

NELLIE CLARK

Solo tenía ocho años
y antes de que creciera y supiera lo que significaba,
no sabía de qué se trataba,
solo que me asusté y se lo conté a mi madre;
fue por eso que mi padre consiguió una pistola,
y de no ser por su mamá, hubiera matado a Charlie,
quien era un joven de quince años.
Sin embargo, los rumores no me dejaron tranquila.
Pero el hombre que se casó conmigo,
un viudo de treinta y cinco años,
era un recién llegado y no se enteró del asunto
sino hasta dos años después de habernos casado.
Por lo tanto, se sintió engañado,
y el pueblo estuvo de acuerdo en declarar
que realmente yo no era virgen.
Pues bien, me abandonó, y fallecí
al siguiente invierno.

LOUISE SMITH

Herbert rompió nuestro compromiso de ocho años
cuando Annabelle regresó al pueblo
procedente del seminario, ¡Ay de mí!
Si hubiera dejado en paz mi amor por él,
podría haberlo convertido en una hermosa pena
–¿quién lo sabe?–
que impregnara mi vida de curativas fragancias.
Pero lo atormenté, lo envenené,
y lo enceguecí hasta convertirlo en odio
–una yedra devastadora en lugar de una florida enredadera–
Mi alma se desgajó de su tronco
y sus tallitos se marchitaron.
No permitas que la voluntad juegue a ser
el jardinero de tu alma,
a menos que estés seguro
de que esta es más sabia que la misma esencia de tu alma.

HERBERT MARSHALL

Toda tu pena, Louise, y tu odio hacia mí,
surgió de tu ilusión, la que fue desenfreno
de tu espíritu y desdén de las virtudes de tu alma,
lo que me hicieron preferir a Annabelle y renunciar a ti.
Realmente viniste a la vida para odiarme, por amor a mí,
porque fui yo la felicidad de tu espíritu,
creado y templado para moldear tu vida para ti,
pero no ocurrió así.
Sino que te convertiste en mi desgracia. Si hubieras sido
mi felicidad, ¿No me hubiese aferrado a ti?
Este es el dolor de la vida:
se puede ser feliz solo donde existen dos;
lo que sucede, es que a veces nuestros corazones son guiados
por estrellas que no desean nuestra felicidad.

GEORGE GRAY

He reflexionado muchas veces
en la losa que fue esculpida para mí
–un velero con sus velas recogidas, tranquilo, en un puerto–
En realidad, no representa mi destino
sino mi vida.
Pues me ofrecieron el Amor, y me horrorizó su desilusión;
la Tristeza tocó a mi puerta, pero tuve miedo;
la Ambición me llamó, pero las oportunidades
me dieron pavor.
No obstante todo el tiempo
me interrogué por el sentido de mi vida.
Y ahora sé que debemos izar las velas
y engancharnos a los vientos del destino
a donde sea que conduzcan al velero.
Darle sentido a la vida de uno
puede llegar a ser una locura,
pero la vida sin sentido es la tortura del desasosiego
y de los deseos vagos
–Es un velero que desea ardientemente la mar
pero que aún no abandona sus temores–

GRIFFY, EL FABRICANTE DE TINAS

Como tonelero debería saber mucho de tinas.
Pero también aprendí sobre la vida,
y tú, que merodeas entre estas tumbas,
crees conocer la vida.
Crees que tu mirada abarca un vasto horizonte,
sin embargo,
en realidad solo observas el interior de tu tina.
Eres incapaz de elevarte sobre su borde
para observar el mundo exterior de las cosas
mientras también te contemplas a ti mismo.
Estás sumergido en tu propia tina
–tabúes, normas, apariencias–
son las estructuras de tu tina.
¡Rómpelas y disipa el hechizo
de creer que tu tina es la vida!
¡Y así sabrás lo que es la vida!

SEXSMITH, EL ODONTÓLOGO

¿Crees que las odas, sermones,
el sonido de las campanas de iglesia,
y la sangre de los viejos y jóvenes
martirizados por la verdad que vieron
con ojos iluminados por la fe en Dios,
realizaron las grandes reformas del mundo?
¿Crees que el Himno de Guerra de la República
lo hubieras escuchado si hubieran sido
los bienes de los esclavos
los que hubieran forjado el dominante dólar
en lugar de la ginebra de Whitney,
las calderas, los talleres, el hierro,
los telégrafos y el trabajo libre de los blancos?
¿Crees que Daisy Fraser
nunca hubiera sido sacada y echada a la fuerza
si la fábrica de enlatados hubiese necesitado
su casa y su lote?
¿O crees que el salón de póker de Johnnie Taylor,
y el bar de Burchard hubieran sido clausurados
si el dinero invertido y gastado en cerveza, al clausurarlos,
no hubiera regresado a las manos de Thomas Rhodes
para mayores ventas de zapatos, cobertores,
ropa de niño y doradas cunas de roble?
Pues bien, una verdad moral es una muela hueca
que debe ser rellenada con oro.

A.D. BLOOD

Si ustedes, los del pueblo,
creen que mi trabajo fue bueno,
cerrando tabernas y acabando
con los juegos de cartas,
o apresando a la vieja Daisy Fraser
antes de que el Juez Arnett lo hiciera,
y haciendo campañas permanentes
para que la gente purgase sus pecados,
¿por qué ahora permiten
que la hija de la sombrerera Dora
y el inútil hijo de Benjamin Pantier,
cada noche, hagan de mi tumba
su comodín profano?

ROBERT SOUTHEY BURKE

Gasté mi dinero tratando de elegirte alcalde,
A.D. Blood.
Prodigué mi admiración hacia ti,
eras, a mi parecer, el hombre casi perfecto.
Devoraste toda mi personalidad,
el idealismo de mi juventud
y la intensidad de una fogosa lealtad.
Y todas mis esperanzas en el universo
y toda mi fe en la Verdad,
moldeadas a tu imagen,
se fundieron en el fuego enceguecedor
de mi devoción por ti.
Pero cuando descubrí lo que realmente eras:
que tu alma era insignificante
y tus palabras falsas como tus dientes
resplandecientes de porcelana
y tus gemelos de celuloide,
desprecié el afecto que te tuve,
me desprecié a mí mismo y te desprecié,
por mi alma y mi juventud desperdiciadas.
A todos les advierto: tengan cuidado con
sus ideales, y cuídense de revelar sus afectos
a cualquier hombre existente.

DORA WILLIAMS

Cuando Reuben Pantier huyó y me abandonó,
me fui para Springfield. Allí me conocí con un borracho
cuyo padre acababa de fallecer dejándole una fortuna.
Se casó conmigo en plena borrachera. En ese tiempo
fui desdichada. Pero pasado un año lo encontraron muerto.
Eso me hizo rica. Me mudé a Chicago. Después de un tiempo
conocí a Tyler Buntree, un completo canalla.
Me mudé a Nueva York. Un magnate canoso se enamoró
perdidamente de mí –otra fortuna–
Murió una noche alrededor de mis brazos, tú sabes.
(Después, durante muchos años,
su rostro amoratado me persiguió).
Casi se arma un escándalo. Me marché, esta vez a París.
Para entonces ya era una mujer insidiosa, astuta
y conocedora de la vida y de la riqueza.
Mi agradable apartamento cerca de los Campos Elíseos
se convirtió en el centro de toda clase de gente,
músicos, poetas, dandis, artistas, nobles,
en donde se hablaba francés, alemán, italiano, inglés.
Me casé con el Conde Navigato, oriundo de Génova.
Nos fuimos para Roma. Creo que me envenenó.
Ahora desde el Campo Santo, divisando el mar
donde el joven Colón soñó con nuevos mundos,
veo la frase que le esculpieron: «El Conde Navigato
implora la paz eterna».

LA SEÑORA WILLIAMS

Yo fui la tan mentada
y tan desprestigiada sombrerera,
madre de Dora,
de cuya extraña desaparición
me culparon por la crianza que le di.
Mis ojos, prestos a la hermosura,
vieron mucho más que cintas,
hebillas, plumas,
o sombreros de paja italiana y fieltros
para embellecer rostros encantadores,
cabellos negros o rubios.
Una cosa quisiera decirles
y otra preguntarles:
Las robamaridos usan polvos, baratijas
y adorables sombreros.
Las esposas los usan a ustedes mismos.
Los sombreros pueden ocasionar divorcios
–también prevenirlos–
Ahora bien, permítanme preguntarles:
Si todos los niños, nacidos aquí en Spoon River,
criados por el pueblo o cerca de aquí en una finca,
y a quienes sus padres les han dado libertad
para que vivan y disfruten,
y cambien de amigos si lo desean,
¿No creen que de ellos Spoon River
ha hecho peores cosas?

WILLIAM Y EMILY

Hay algo de la Muerte
que se asemeja a la naturaleza misma del amor.
Si después de mucho tiempo de convivir
con alguien con quien has conocido la pasión
y el ardor del amor juvenil,
sientes también la disminución de esa pasión,
y eso los consume de manera gradual,
imperceptible y sutilmente,
como si se protegiesen cada uno
en los brazos del otro
–tolerando el ambiente familiar–
¡Ese es el poder de la armonía entre dos seres
que se asemejan a la naturaleza misma del amor!

EL JUEZ DE CIRCUITO

Presten atención, transeúntes, al profundo deterioro
con que el viento y la lluvia se han ensañado
contra mi lápida
–como si una imperceptible Némesis o un odioso
dios me estuvieran señalando, pero para destruirme
y borrar mi memoria–
En vida fui el Juez de Circuito, el que señalaba,
y juzgaba casos bajo los puntos de vista de los abogados,
que no eran precisamente los justos.
¡Oh vientos y lluvias, dejen en paz mi lápida!
Pues peor que el aborrecimiento de los malos
y las maldiciones de los pobres,
fue quedarme mudo, aún teniendo claro el asunto,
al ver que hasta el asesino Had Putt,
colgado bajo mi sentencia,
era todo un ser inocente comparado conmigo

EL CIEGO JACK

Durante todo el día había tocado el violín
en la feria del condado.
Camino a casa, conducían Butch Weldy y Jack McGuire,
y a gritos me pedían que interpretara e interpretara
la canción de Susie Skinner, mientras iban azotando
los caballos hasta que los hicieron desbocarse.
Ciego, como lo era, intenté salir
cuando el carruaje cayó a la zanja,
pero atrapado entre las ruedas, fallecí.
Aquí, hay un hombre ciego de un semblante
tan ingente y puro como una nube.
Y todos nosotros los violinistas, desde los mejores
hasta los mediocres, músicos y rapsodas,
nos sentamos a sus pies
y lo oímos cantar la caída de Troya.

NANCY KNAPP

Bien, ni se imaginan que el asunto fue así:
compramos la finca con lo que él heredó,
y sus hermanos lo acusaron
de haber malquistado a su padre contra ellos.
Y nunca tuvimos paz con nuestra fortuna.
La epidemia le cayó al ganado,
los cultivos se arruinaron.
Un relámpago quemó el granero.
Así que hipotecamos la finca para sobrevivir.
El se volvió taciturno y vivía preocupado
todo el tiempo.
Luego, algunos vecinos dejaron de tratarnos
y se pusieron de parte de sus hermanos.
Y no encontré a quien recurrir, y debí decirle
en ese entonces cuando vivíamos, algo como,
«No te preocupes, fulano es amigo mío,
o, me puedo librar de esto con una corta
visita a Decatur».
Después, los más espantosos olores
plagaron las habitaciones.
Por eso le prendí fuego a las camas y
la vieja casa embrujada ardió estruendosamente,
mientras yo bailaba en el patio con los brazos
abiertos y él lloraba como un ternero desamparado.

EL FISCAL ESTATAL FALLAS

Yo, el azotador y demoledor,
el que castigaba con látigo y espada,
perseguidor de los violadores de la Ley,
jurista inexorable e implacable,
manipulador del jurado para que colgaran
a la *madame* Barry Holden,
fui encandilado por una luz demasiado brillante,
y desperté cara a la Verdad con la frente ensangrentada:
las tenazas de acero manipuladas por las manos
de un médico contra la cabeza de mi hijo
en el momento de nacer,
hicieron de él un idiota.
Me volqué sobre los libros de ciencia
para cuidar de él.
Así fue como el mundo
de quienes tienen sus mentes enfermas,
se convirtió en el trabajo de mi vida
y en todo mi interés.
¡Pobre chico perdido! Fuiste, al fin y al cabo,
el alfarero, y yo y todos mis actos de caridad,
el barro entre tus manos.

FRANCIS TURNER

Durante mi niñez,
no pude correr ni jugar.
Ya adulto, solo pude probar
el licor, nunca tomarlo
–pues la fiebre escarlatina
me dejó enfermo del corazón–
Ahora yazgo aquí
sosegado por un secreto que nadie,
excepto Mary, conoce:
Hay un jardín de acacias, catalpas y
emparrados de dulces uvas
–allí, aquella tarde de junio junto a Mary–
besándola con el alma en mis labios,
repentinamente, alzó vuelo.

JOHN M. CHURCH

Fui el abogado de los Ferrocarriles Q
y de la Compañía de Indemnizaciones
que aseguró a los propietarios de la mina.
Utilicé las influencias del juez, del tribunal
y de las cortes supremas para ganarle los pleitos
a los lisiados, las viudas y los huérfanos,
y debido a eso hice una gran fortuna.
La asociación de tabernas me alabó
mediante un decreto rimbombante.
Y fueron muchos los homenajes florales que recibí
–pero las ratas devoraron mi corazón
y en mi calavera se anidó una serpiente–

RUSSIAN SONIA

Yo, nacida en Weimar
de madre francesa y de padre alemán,
-un profesor muy erudito él-
quedé huérfana a los catorce años
y me convertí en bailarina,
conocida a lo largo y ancho de todos los
bulevares de París, como Sonia la Rusa;
fui amante temprana de diversos duques y condes
y luego de artistas y poetas pobres.
A los cuarenta años –ya bien pasados– me fui a Nueva York
y en el barco conocí al viejo Patrick Hummer,
rosado y robusto, a pesar de que pasaba de los sesenta,
quien regresaba de vender un cargamento de ganado
en la ciudad alemana de Hamburgo.
El me trajo a Spoon River y durante veinte años
vivimos aquí –la gente creía que éramos casados–
Este roble que se erige cerca de mí, es el lugar preferido
de parlanchines arrendajos azules que hacen ruido todo el día.
¿Y por qué no? pues hasta mis propias cenizas se ríen
al pensar en esa cosa divertida que llamamos vida.

BARNEY HAINSFEATHER

Si el tren de recreo de Peoria
solo se hubiera descarrilado, hubiera salido con vida
–y sí que me hubiera salvado de este lugar–
Pero como también se incendió, me confundieron
con John Allen, a quien enviaron al cementerio
Hebreo de Chicago,
y John ocupó mi lugar; por eso yazgo aquí.
Fue desagradable tener que administrar un almacén de ropa
en este pueblo, pero estar sepultado aquí, ¡Uch!

PETIT, EL POETA

Semillas en una vaina seca, tic, tic, tic,
tic, tic, tic, como chiquillos peleándose
–imperceptibles versos que la brisa plena despierta–
y con los cuales los pinos entonan una sinfonía.
Letrillas, villanescas, rondeles, rondas,
baladas de partituras similares a las tonadas de antaño:
la nieve y las rosas de ayer se han desvanecido;
y ¿qué es el amor sino una rosa que se marchita?
La vida, toda a mi alrededor aquí en el pueblo:
la tragedia, la comedia, la valentía y la verdad,
el coraje, la constancia, el heroísmo, el fracaso
–¡todo en el telar, y oh qué parajes sus diseños!–
bosques, praderas, arroyos y ríos
–ciego a todo durante toda mi existencia–
Letrillas, villanescas, rondeles, rondas,
semillas en una vaina seca, tic, tic, tic,
tic, tic, tic, ¡qué diminutos versos mientras
Homero y Whitman retumban en los pinos!

LA SEÑORA DE CHARLES BLISS

El reverendo Wiley me aconsejó que no me divorciara,
por amor a los hijos,
y el juez Somers le aconsejó a él lo mismo.
Así que nos soportamos hasta el final de la vida.
Pero dos de los niños creían que él tenía la razón,
y los otros dos creían que yo la tenía.
Y quienes estaban con él me culpaban,
y los que se solidarizaron conmigo, lo culpaban a él,
y todos se afligían por aquel a quien preferían.
Así terminaron atormentándose por sentirse
culpables de juzgar al otro,
y sus espíritus se amargaron porque no podían
admirarnos por igual.
Ahora, todo jardinero sabe que las plantas que crecen
en los sótanos o bajo las rocas, son retorcidas,
amarillentas y débiles.
Y ninguna madre permitiría que su hijo se amamantase
de la leche enferma de su pecho.
Sin embargo, los predicadores y los jueces
aconsejan la crianza de criaturas
allí donde no llega la luz del sol, sino solo los ocasos,
y allí donde no se siente el calor,
sino solo fríos y humedades.
–¡Predicadores y jueces!–

LA SEÑORA DE GEORGE REECE

A esta generación les diría:
memoricen algunos versos sobre la verdad o la belleza.
Podrían serle útiles en sus vidas.
Mi esposo no tuvo nada que ver
con la quiebra del banco –él solo era un cajero–
El hundimiento se debió al presidente, Thomas Rhodes,
y a su inútil e inescrupuloso hijo.
Sin embargo enviaron a prisión a mi esposo,
y me dejaron sola con los niños
para que los alimentara, vistiera y educara.
Y lo hice, y los saqué adelante,
decentes y vigorosos.
Y todo con la sabiduría de Pope, el poeta:
«Desempeñen bien su deber, allí reside todo el honor».*

* Pope Alejandro.

EL REVERENDO LEMUEL WILEY

Prediqué cuatro mil sermones,
dirigí cuarenta asambleas evangelísticas
y bauticé a muchos conversos.
Sin embargo, ninguna proeza mía
brilla más vivamente en la memoria de la gente,
y ninguna me es tan querida como la de haber
evitado que los Blisses se divorciaran,
y haber preservado así a los niños
liberándolos de tal desgracia,
para que crecieran bajo la moral
de los hombres y de las mujeres,
felices ellos, y todo un honor para el pueblo.

THOMAS ROSS, HIJO

Esto vi con mis propios ojos:
una emotiva golondrina hizo su nido
en un hueco sobre la cúspide de una ribera
allí, junto al Vado del Molinero.
Pero tan pronto salieron las crías del cascarón
una serpiente reptó hasta el nido
y devoró los polluelos.
Luego, con sus fuertes aleteos
y estridentes chillidos, la golondrina
luchó contra la serpiente,
encegueciéndola con sus aletazos,
hasta que la serpiente meneando y encabritando
su cabeza, cayó al río Spoon y se ahogó.
Apenas había pasado un rato
cuando apareció un pájaro alcaudón
y cazó y ensartó a la golondrina en una espina.
Por lo que se refiere a mí mismo,
triunfé sobre mi naturaleza inferior
solo para ser sacrificado por la ambición de mi hermano.

EL REVERENDO ABNER PEET

No tuve objeción alguna
al vender en subasta pública mis efectos domésticos.
Ello le proporcionó a mi amada feligresía
la oportunidad de obtener algo que era mío,
para poder erigir un monumento.
Pero esa maleta que fue rematada
a Buchard, !el borrachín!
¿Sabían que contenía los manuscritos
de toda una vida de sermones?
Y ver que él los quemó como si fuesen papeles viejos.

JEFFERSON HOWARD

¡Mi valerosa trayectoria! Pues la consideré valerosa,
con las creencias de mi padre sobre la Virginia de antaño:
detestar la esclavitud pero no menos la guerra.
Yo, rebosante de ánimo, de audacia y de valentía,
fui arrojado a la vida aquí en Spoon River,
a sus fuerzas dominantes heredadas de Nueva Inglaterra,
de los republicanos y calvinistas, de los mercaderes y banqueros,
que me odiaban y sin embargo le temían a mi fortaleza.
Con la pesada carga de mi esposa y los niños
–quienes no obstante, fueron los frutos
de mi verdadero entusiasmo por la vida–.
Gozando de pequeños placeres que me costaron prestigio
y cosechando desgracias que yo no había sembrado;
enemigo de la iglesia y sus osamentas húmedas
y amigo del contacto humano que se da en las tabernas;
embrollado con toda clase de suertes todas ajenas a mí,
y abandonado por los amigos que yo creía míos.
Luego, justo en el momento en que sentí
que mi enorme fortaleza desfallecía, percibí que mis hijos
habían ventilado sus vidas en jardines desconocidos
–¡y me erguí solo, tan solo como había empezado!–
¡Mi valiente vida! Morí de pie,
arrostrando el silencio –afrontando la posibilidad
de que nadie supiera de la lucha a que me enfrenté–

EL JUEZ SELAH LIVELY

Imagina que tenías que posarte en cinco pies en lugar de dos,
y que te habías levantado como vendedor de comestibles
estudiando leyes a la luz de una vela
hasta convertirte en abogado.
E imagina luego que por tu diligencia
y la asistencia regular a la iglesia,
te conviertes en el abogado de Thomas Rhodes,
cobrando pagarés e hipotecas
y representando a todas la viudas
en la Corte Legal.
Y por eso, todos ellos se burlaban de tu estatura,
y se reían de tus vestimentas y de tus botas brillantes.
Y luego imagina que llegas a ser el Juez del Condado.
Y Jefferson Howard y Kinsey Keene,
y Harmon Whitney y todos los poderosos
que se burlaban de ti, se vieron obligados a pararse
ante el estrado y decir: «Su Señoría».
—Bien, ¿no creen que fue apenas natural
que yo se las haya puesto bien pero bien difícil?

ALBERT SCHIRDING

Jonas Keene pensaba que su destino
era uno de los más infortunados
porque sus hijos fueron todos unos fracasados.
Pero yo sí sé de un destino más penoso que ese:
ser un fracaso mientras que los hijos sean unos triunfadores.
Pues yo crié una camada de buitres
que finalmente volaron, dejándome un cuervo
en la rama desolada.
Luego, con la ambición de anteponerle Honorabilidad
a mi nombre,
y ganarme con eso la admiración de mis hijos,
me presenté como candidato para la
Superintendencia Escolar del Condado,
y gasté todos mis ahorros con el propósito de ganar
–y perdí–
En ese otoño mi hija recibió en París el primer premio
por su pintura titulada «El viejo molino»,
(la cual ilustraba el molino de agua antes de que
Henry Wilkin lo convirtiera en uno de vapor).
El sentimiento de que yo no era digno de ella,
acabó conmigo.

JONAS KEENE

¿Por qué Albert Schirding se suicidó
intentando ser el Superintendente Escolar del Condado,
dotado como lo era, con recursos para vivir,
y con unos hijos estupendos que lo honraron
antes de sus sesenta años?
Si uno de mis muchachos hubiera montado
aunque sea un puesto de periódicos,
o una de mis hijas se hubiese casado con un hombre decente,
no habría caminado bajo el aguacero
y no me hubiera metido en cama con las ropas empapadas
rehusando toda ayuda médica.

EUGENIA TODD

¿Alguno de ustedes, transeúntes,
ha tenido una muela picada que se ha convertido
en una molestia continua?
¿O un dolor en el costado que nunca le pasa por completo?
¿O un tumor maligno que le creció con el tiempo?
Y de tal forma que incluso en el sueño más profundo
prevalecía siempre una sombría conciencia
o el fantasma de la existencia de la muela,
del dolor o del tumor?
Así, el amor frustrado, o las ambiciones perdidas,
o un error de la vida que complica desesperadamente
toda tu existencia hasta el último de tus días,
–como la muela o el dolor–
flotarán a través de tus sueños hasta el sueño final,
hasta que la verdadera libertad de la esfera terrestre
llegue a ti como quien despierta una mañana
enteramente saludable y feliz.

YEE BOW

Me matricularon en la catequesis de Spoon River
e intentaron que renunciase a Confucio a cambio de Jesús.
Pudo haber sido peor
si yo hubiese intentado convencerlos
para que renunciasen a Jesús a cambio de Confucio.
Pues, sin aviso alguno, y como si se tratara de una broma,
el hijo del pastor, Harry Wiley,
a escondidas y por detrás, de un puñetazo
me hundió las costillas en mis pulmones.
Ahora, nunca descansaré con mis ancestros en Pekín
y ningún hijo me venerará en mi tumba.

WASHINGTON McNEELY

Fui rico y honrado por mis conciudadanos,
padre de varios hijos nacidos de una madre noble,
criados todos allí, en la gran mansión de las afueras del pueblo.
Observen el cedro del jardín.
A los chicos los envié a estudiar a Ann Arbor
y las mujeres lo hicieron en Rockford
–en tanto que mi vida transcurría recibiendo más riquezas y honores–
y descansando bajo mi cedro durante las tardes.
Los años pasaron.
Envié a las chicas a Europa;
las doté muy bien cuando se casaron.
A los muchachos les suministré dinero para que iniciasen sus negocios.
Eran hijos enérgicos, prometedores como manzanas antes de picarse.
Pero John, deshonrado, huyó del país.
Jenny murió en un parto.
Y yo me senté bajo mi cedro.
–Harry se suicidó después de una vida de libertinaje,
Susan se divorció–
Y yo me senté bajo mi cedro.
-Paul fue reprobado en sus estudios,
Mary se convirtió en una solitaria
enclaustrada en casa por amor a un hombre–
Y yo me senté bajo mi cedro.
–Todos se fueron, o acabaron con sus sueños,
o fueron devorados por la vida–
Y yo me senté bajo mi cedro.

–Mi esposa, la madre de todos ellos, cayó enferma–
Y yo me senté bajo mi cedro.
Hasta que tañeron las campanas de la muerte a mis noventa años.
¡Oh Tierra maternal que mece las hojas caídas hasta adormecerlas!

PAUL McNEELY

¡Querida Jane! ¡Querida y encantadora Jane!
Cómo entrabas furtivamente en la habitación
(donde permanecía enfermo)
con tu gorra y tu traje de enfermera,
y tomabas mis manos, y decías con una sonrisa:
«No estás tan enfermo —pronto te pondrás bien».
Y cómo la intención pura de tus ojos
penetraba los míos como rocío que se desliza
en el corazón de una flor.
¡Querida Jane! toda la fortuna de los McNeely
no podrían haber comprado tus atenciones recibidas
durante días y noches, durante noches y días;
no hay precio para tu sonrisa, ni para el calor espiritual
de tus manos pequeñas posadas en mi frente.
Jane, hasta que la llama de la vida se extinguió
en la oscuridad bajo el disco de la noche,
anhelé y esperé recuperarme
para reposar mi cabeza sobre tus pequeños senos
y retenerte firme en un abrazo de amor.
¿Mi padre dispuso algo para ti cuando murió,
Jane, mi querida Jane?

MARY McNEELY

Transeúnte,
Amar, es encontrar tu propia alma
a través del alma del ser amado.
Y cuando el ser amado se aleja de tu alma,
tú pierdes la tuya.
Escrito está: «Tengo un amigo,
pero mi dolor no tiene amigos».
De ahí, mis largos años de soledad
en casa de mi padre,
tratando de recuperarme
y de convertir mi dolor en algo supremo.
Pero estaba mi padre con sus propias penas,
sentado bajo el cedro,
imagen que se me grabó en el fondo de mi corazón
hasta que por fin me transmitió sosiego infinito.
Oh vosotras, almas que han hecho de la vida
algo fragante y puro como los nardos
que brotan de la tierra negra,
¡Descanso eterno!

THOMAS RHODES

Muy bien, ustedes los humanistas,
navegantes de dominios intelectuales,
marineros de cumbres de la imaginación,
dispersos por mis corrientes irregulares
y tropezando continuamente con baches,
ustedes, las Margaret Fuller Slack, los Petit
y los Tennessee Claffin Shope–
finalmente comprobaron
con toda su jactanciosa sabiduría
lo difícil que es mantener el alma libre
de su desintegración en átomos.
Mientras que nosotros,
los buscadores de los tesoros de la tierra,
los emprendedores y acaparadores del oro,
somos autónomos, compactos, y armonizamos
incluso hasta el final.

IDA CHICKEN

Después de haber asistido a conferencias
en nuestra institución Chautauqua, y de haber estudiado
francés durante veinte años, aprendiéndome la gramática
casi de memoria,
pensé que debería viajar a París
para brindarle a mi nivel cultural un refinamiento final.
–Entonces me fui a Peoria por mi pasaporte–
(esa mañana Thomas Rhodes iba en el tren).
Y allí el funcionario del Tribunal distrital
me hizo jurar para que respaldara y defendiera
la Constitución –sí, incluso a mí–
¡Quién no la respaldaría y defendería después de todo!
¿Y qué creen que pasó? Esa misma mañana
el Juez Federal, en la oficina adjunta
en la que yo hacía mi juramento,
decidió que la Constitución eximía a Thomas Rhodes
del pago de impuestos
por las obras de acueducto de Spoon River.

PENNIWIT, EL ARTISTA

Perdí mi clientela en Spoon River
al tratar de transmitir mi espíritu a la cámara
para captar el alma de las personas.
El mejor retrato que tomé en mi vida
fue el del Juez Somers, abogado penal.
Se sentó derecho y me hizo esperar
hasta que él lograra enderezar su mirada bizca.
Luego, cuando estuvo listo, dijo: «¡Bueno!».
Y yo grité «¡Denegado!»,
y su mirada volvió a quedar bizca.
En ese preciso instante capturé su imagen
tal como solía mirar cuando decía «¡Denegado!».

ROBERT DAVIDSON

Crecí espiritualmente pleno alimentándome
de las almas de los seres humanos.
Si veía un alma que fuera poderosa,
hería su orgullo y devoraba su resistencia.
Los territorios de la amistad conocieron mi astucia,
pues donde pudiera robarme un amigo, lo hacía.
Y allí donde pudiese ensanchar mi poder
socavando la ambición, lo hacía,
de esa forma hacía llevadera mi propia ambición.
Y para triunfar sobre otras criaturas,
solo para hacer valer y probar mis fuerzas superiores,
me deleitaba con el vivo regocijo
de las almas adiestradas.
Al devorar almas, debería haber vivido para siempre.
Pero sus restos indigestos me produjeron
una mortal inflamación del riñón,
y temeroso, agitado, lleno de espíritus disminuidos,
odiado, receloso y con la visión desorbitada,
finalmente me desplomé profiriendo un chillido.
Recuerden, perro no come perro.

ELSA WERTMAN

Yo era una chica campesina venida de Alemania,
de ojos azules, optimista, alegre y enérgica.
Y el primer lugar donde trabajé fue en casa
de la señora de Thomas Greene.
Un día de verano cuando ella había salido
él entró furtivamente a la cocina y aprisionándome
entre sus brazos me besó el cuello
mientras yo lo rechazaba. Luego ni él ni yo
parecíamos entender lo que había sucedido.
Y lloré por lo que sería de mí.
Y me lamenté y lloré hasta que mi secreto
se empezó a notar.
Cierto día la señora Greene me dijo que ella entendía,
y que eso no sería un problema para mí,
pues al no tener hijos, ella lo adoptaría.
(El le había regalado una granja para silenciar el asunto).
Y allí se ocultó haciendo circular los rumores
de que estaba embarazada.
Y todo marchó bien y nació el niño
–ellos fueron muy amables conmigo–
Después, me casé con Gus Wertman, y el tiempo pasó.
Pero –una vez durante los mitines electorales,
creyeron que yo había roto en llanto

emocionada por la elocuencia de Hamilton Greene-
Y no era por eso. ¡No!
Yo hubiera querido gritar: ¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!

HAMILTON GREENE

Fui el hijo único de Frances Harris, de Virginia,
y de Thomas Greene, de Kentucky,
ambos de familias valiosas y honorables.
A ellos les debo todo lo que fui,
Juez, diputado del Congreso, líder del Estado.
De mi madre heredé
vivacidad, gusto, facultad para expresarme;
de mi padre, voluntad, juicio, lógica.
¡Todo el honor para ellos
por los servicios que le presté a la Nación!

ERNEST HYDE

Mi mente fue un espejo:
vio lo que vio, conoció lo que conoció.
Durante mi juventud,
fue solo el espejo de un vehículo veloz
que captaba y perdía fragmentos del paisaje.
Luego, con el tiempo,
grandes manchas impregnaron el espejo
permitiendo que el mundo exterior entrara,
y permitiendo que mi yo oculto se buscara.
Pues así es el nacimiento de un alma en pena,
un origen impregnado de victorias y derrotas.
La mente suele ver el mundo como una cosa distante,
y el alma hace que el mundo armonice con ella.
–Un espejo manchado no refleja imagen alguna–
Y ese, es el silencio de la sabiduría.

ROGER HESTON

Cuántas veces Ernest Hyde y yo
discutimos sobre la libertad de la voluntad.
Mi metáfora favorita era la de la vaca de Prickett,
amarrada para que apacentara,
y libre, tanto como lo era la extensión del lazo.
Un día, mientras discutíamos eso,
veíamos cómo la vaca tensaba la cuerda
para alcanzar la hierba que no podía comerse;
el poste cedió, y a cabezazos nos atacó.
«¿Qué es esto, libre albedrío o qué?»,
dijo Ernest mientras corría.
Y al caerme, la vaca me corneó hasta matarme.

AMOS SIBLEY

En realidad, no tuve ni el carácter, ni la fortaleza,
ni la paciencia que la gente creía que yo tenía
al tolerar a mi esposa mientras me dedicaba a predicar
haciendo el trabajo que Dios había elegido para mí.
La odié como a una arpía, como a una libertina.
Supe de sus adulterios, de cada uno de ellos.
Pero aún así, si me divorciaba,
tenía que renunciar al sacerdocio.
Por lo tanto, para realizar y cosechar
el trabajo que Dios me había impuesto,
¡tenía que aguantármela!
¡Así que me mentía a mí mismo!
¡Y le mentía a Spoon River!
Incluso, dictaba conferencias,
presentaba mi candidatura para la legislatura,
y vendía libros, solo con una idea en mente:
Si hago fortuna, me divorciaré.

LA SEÑORA SIBLEY

El secreto de las estrellas, la gravitación.
El secreto del mundo, las capas rocosas.
El secreto de la tierra, recibir la semilla.
El secreto de la semilla, la germinación.
El secreto del hombre, sembrar.
El secreto de la mujer, ser tierra.
Mi secreto: bajo una tumba que ustedes
nunca encontrarán.

ADAM WEIRAUCH

Fui aplastado por Altgeld y Armour.
Perdí varios amigos, mucho tiempo y dinero
combatiendo a Altgeld, a quien el Redactor Whedon
denunció como el candidato de apostadores y anarquistas.
Luego Armour comenzó a embarcar comida hacia Spoon River,
forzándome a cerrar mi matadero,
y mi carnicería se vino abajo.
Las nuevas fuerzas de Altgeld y de Armour
se me abalanzaron al mismo tiempo.
Creí que era mi deber recuperar el dinero perdido
y amistarme con los que me habían abandonado
para que el Gobernador me designase Comisario del Canal.
En lugar de eso, eligió a Whedon, el Director del Argos de Spoon River,
así que acudí al Cuerpo Legislativo y obtuve mi elección.
Mandé al diablo mis principios y vendí mi voto
a favor de la licencia para los tranvías de Charles T. Yerkes.
Por supuesto, fui uno de los socios a quien ellos vincularon.
¿Quién fue el que me desacreditó, Armour, Altgeld o yo mismo?

EZRA BARTLETT

Capellán del ejército,
Capellán de prisiones,
Consejero en Spoon River
–embriagado con la divinidad, Spoon River–.
Y sin embargo, deshonré a la pobre Eliza Johnson
y me deshonré a mí mismo hasta el menosprecio y el envilecimiento.
Pero ¿por qué nunca podrán ver que el amor por las mujeres,
e incluso la pasión por el vino,
son los estimulantes con los que el alma,
sedienta de divinidad,
alcanza la extasiada belleza
y vislumbra los ejércitos celestiales?
Solo después de muchas pruebas de fortaleza,
solo cuando todos los estimulantes fracasen,
el alma ambicionada, y por sus propias fuerzas vivas,
podrá encontrar lo divino
al descansar sobre sí misma.

AMELIA GARRICK

Sí, aquí yazgo junto a este raquítico rosal
de un lugar olvidado, junto a la valla
hasta donde los matorrales del bosque de Siever
se han esparcido silenciosamente.
Y tú, tú eres alguien en Nueva York,
la esposa de un eminente millonario,
con un buen nombre en las páginas sociales,
hermosa, admirada, y quizás magnificada
por el espejismo de la distancia.
Has tenido éxito; y ante los ojos del mundo
yo he fracasado.
Estás viva; yo muerta.
Sin embargo, sé que conquisté tu espíritu;
y sé que al permanecer aquí, lejos de ti,
desconocida para las estupendas amistades
del clamoroso mundo en el que te desenvuelves,
en verdad, soy de tu vida la irresistible energía
que no te permite alcanzar el triunfo perfecto.